

8198
PAPAÍTO

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

MM. FLERS y CAILLAVET

arreglada por los señores

BLASCO y PEREZ CAPO



MADRID 24

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, núm. 24

1914

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

PAPAÍTO

Es propiedad.

Los representantes de la Sociedad de Auto-
res Españoles son los encargados del cobro de
los derechos de representación.

PAPAÍTO

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

MM. FLERS y CAILLAVET

arreglada á la escena española por

RICARDO BLASCO y FELIPE PEREZ CAPO

Estreno: TEATRO ESLAVA, de Madrid.—14 Noviembre 1914



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1914

REPARTO

PERSONAJES

INTÉRPRETES

GEORGINA.....	SETA. PALOU.
COLETTE.....	SEA. MANSO-
JUANA.....	SATORRES.
ROSINA.....	SETA. TUDÓ.
GUILLERMINA.....	GARRIGÓ.
CATALINA.....	ROMEA.
CONDE DE LARZAC.....	SE. GARCÍA ORTEGA..
JUAN.....	KAISER.
CURA.....	GUIBAU.
CHARMEUIL.....	CAMARERO.
VÉRVIER.....	POVEDANO.
AUBRIN.....	TOJEDO.
PADRE BIGORRE.....	GÓMEZ.
BRIGADIER DE GENDARMES.	PERRÍN.
PEDRO.....	PALOU.

La acción de los actos primero y tercero en un pueblecito del
Languedoc (Francia). La del acto segundo en París



ACTO PRIMERO

Sala en la planta baja de una gran casa de campo, en el Languedoc. Todo ello muy rústico. Gran chimenea. Techo de vigas oscuras. Ancha ventana al fondo en sentido oblicuo, que da á un camino situado en plano inferior. Mas allá del camino se divisa un gran valle, colinas, y, en último término, los Pirineos. Mobiliario sencillo de roble. En la pared, escopetas colgadas, algunos trofeos de caza, cabezas de lobo y de jabalí, una Virgen de madera pintada; una trompa de caza y un mochuelo disecado. Es de día.

ESCENA PRIMERA

JUAN, solo. Después, el PADRE BIGORRE

Juan está en escena, de espaldas al público, limpiando una de sus escopetas. Se oye el sonido de una flauta rústica mezclado con el de las esquilas de las cabras. Ambos sonidos se van aproximando hasta llegar bajo la ventana. Entonces se ve, de medio cuerpo arriba, á un cabrero viejo que pasa por fuera de la casa, por delante de la ventana. Lleva en la cabeza una bolna vasca

P. BIG. Buenas tardes, señorito Juan.

JUAN Buenas tardes, padre Bigorre. ¡Qué temprano recoge usted hoy las cabras!

P. BIG. No es que las recojo. Es que, como de costumbre, esta noche las llevo á Luchon para la temporada de baños. Viajaremos de noche, con la fresca.

- JUAN ¡Feliz viaje, padre Bigorre! El camino es bueno y el cielo está claro. No le faltará á usted ni una sola estrella.
- P. BIG. Gracias, señorito Juan.... Es usted un hombre excelente. Adiós, señorito Juan..
- (Desaparece. Vuelve á oírse el sonido de la flauta, que se pierde á lo lejos. Juan silba el mismo aire del cabrero. Un gendarme pasa por el camino.)

ESCENA II

JUAN y el BRIGADIER DE GENDARMES

- BRIG. Buenas tardes.
- JUAN Muy buenas, señor Brigadier.
- BRIG. (Deteniéndose.) A propósito... Ahora que le veo á usted.
- JUAN ¿Sucede algo?
- BRIG. Poca cosa. Los dos hermanos Cazemajou, que se han querellado por el reparto de unas tierras colindantes, quieren que usted ejerza de árbitro entre ellos.
- JUAN Lo seré con agrado.
- BRIG. Y yo espero que usted logrará reconciliarlos. ¡Tiene usted tantas simpatías!... ¡Es usted tan justo!...
- JUAN Lo procuro siempre. Pero eso no tiene mérito.
- BRIG. ¿Cómo que no?
- JUAN ¡Como que no! Es muy fácil ser justo cuando uno es feliz. Fíjese usted, Brigadier. Si el rey Salomón hubiese tenido apuros de dinero ó contrariedades amorosas, quizás hubiera sido tan injusto como... No sé quien decir... ¡Como nuestro juez de paz!
- BRIG. Que no es poco decir. Que usted siga bien, y hasta la vista.
- JUAN Lo mismo digo, señor Brigadier.
- (El Brigadier continúa su camino, Juan silba un momento y después se dirige á la puerta de la derecha (del actor.)

ESCENA III

JUAN y AUBRIN

- JUAN ¡Eh! Padre Aubrin... Haz el favor de venir...
(Sale Aubrin por la derecha.) Voy á ir ahora mismo al acecho de las palomas. Envía en seguida al muchacho para que coloque los reclamos. ¿Qué? ¿Vienes conmigo?
- AUB. No... No voy.
- JUAN Sí, hombre. Anda, vete á buscar tu escopeta.
- AUB. No, señorito Juan... Se lo agradezco... Pero es que hoy no tengo humor para nada.
- JUAN Y ¿por qué causa?
- AUB. Por causa de mi Juana.
- JUAN ¿De tu hija? ¡Bah! Alguna disputa baladí.
- AUB. Es que me disgusta mucho, señorito Juan. Y este año no estcy yo para disgustos. ¡Bastante tengo con lo mal que se presenta la cosecha!
- JUAN No me explico por qué te disgusta Juana. Está buena .. Es una muchacha guapetona, instruída... Por ella marcha todo divinamente en la granja... Includéndote á ti, ¿eh? Será una mujer modelo desde el día que se case... Que ya no tardará mucho.
- AUB. ¡Ahí le duele, señorito Juan! Tardará un siglo, porque no quiere casarse. Que yo sepa, lleva rechazados cinco partidos excelentes. Esta mañana, sin ir más lejos, ha despreciado el quinto.
- JUAN ¡Qué rareza!
- AUB. ¡Y ahí era nada!... El jefe de la estación. Con lo que á mí me hubiera convenido...
- JUAN ¿A ti?
- AUB. ¡Ya lo creo! ¡Emparentar con todo un personaje! ¡Pues digo!... Un señor que tiene una gorra bordada en oro; un señor ante quien se paran todòs los trenes, ¡algunos hasta con príncipes!... Sólo habiendo perdido el juicio se rechaza á un jefe de estación. Yo me temo que Juana no está en sus cabales. Si usted

quisiera hablar con ella, observarla y darme su opinión...

JUAN
AUB.

Sí, hombre. Dile que venga.
En seguida. Y un millón de gracias, señorito Juan. Pero, digo... Por allí va... ¡Juanal... ¡Muchacha! Que te llama el señorito Juan... ¡Muchacha! (Vase por la derecha.)

ESCENA IV

JUAN. Después JUANA

Juan, al quedarse solo, se pone á preparar los cartuchos. Sale Juana por el foro. Lleva en la cabeza un pañuelo al estilo bearnés. Trae un cestito con uvas, que deja sobre una mesa. Sin decir palabra, se dirige á la puerta de la derecha. Juan la detiene en el momento en que va á salir de la habitación

JUAN ¡Qué mal hechos están estos cartuchos! Para una vez que no los he llenado yo mismo... Escucha... Escucha, Juana.

JUANA Señorito Juan.

JUAN ¿Qué tienes, muchacha?

JUANA Yo, nada, señorito Juan.

JUAN Vamos... ven acá.

JUANA Lo que usted mande, señorito Juan.

JUAN (Tocándole la frente) ¿Se puede saber qué hay aquí... debajo de este pañuelo de seda?

JUANA Yo... ¡yo no lo sé!

JUAN ¡No te condenarás por habladora!... Escucha, Juana... Tú sabes que te quiero mucho, que te quiero como un hermano. Tus padres son toda mi familia, puesto que yo no la tengo ni la tuve nunca. A mi lado viven; en mi casa, como si de ellos fuera. Yo no quiero que personas tan buenas tengan el más insignificante disgusto.

JUANA Yo tampoco lo quiero.

JUAN Sí... ¡pero tú se los das!

JUANA ¿Yo, señorito?

JUAN Rehusando casarte.

JUANA Pero eso...

JUAN Y si no te casas... ¿puede saberse lo que piensas hacer?

- JUANA Sí... Eso puedo decírselo, señorito. Yo pienso... ¡irme de aquí!
- JUAN ¿Dónde vas á irte?
- JUANA Eso es lo de menos... A la villa... á Tolosa, donde vive mi tía, la hermana de mi madre.
- JUAN Eso es un capricho. Pasará, seguramente.
- JUANA No. Yo también creí que pasaría... Pero no pasa y ya estoy decidida. Le ruego que sobre esto no me diga más nada. ¡Es triste alejarse del sitio donde se empezó á vivir! ¡Es mejor que no se hable de ello!
- JUAN Vamos, hay que tener juicio. Eso es un capricho que no está justificado.
- JUANA Yo vuelvo á suplicarle...
- JUAN ¿Tú no piensas en el vacío que va á dejar aquí tu ausencia? Todos te echaremos de menos... Tus padres, tus amigas, yo...
- JUANA ¿Usted?... Usted ni se dará cuenta de que falto.
- JUAN ¡Qué torpeza la mía! ¿Cómo se llama... ese?
- JUANA ¿Quién?
- JUAN Ese... que ha sabido apoderarse de tu corazón.
- JUANA ¡Por Dios, señorito! Yo no quiero que usted me diga eso... No crea usted semejante cosa.
- JUAN ¿Por qué no?... ¿Crees que me disgustaría? Al contrario. El día que te cases pondré sobre tu canastilla la escritura de mi molino de Cantaou, con todos las tierras que lo rodean.
- JUANA ¡Nol... Muchas gracias... Yo no lo quiero.
- JUAN Está bien. ¿Te has vuelto orgullosa?
- JUANA Lo soy á veces.
- JUAN Haz lo que quieras
- JUANA (Sube hacia la mesa donde dejó las uvas.) Aquí está el cestito de uvas que usted me encargó que preparara.
- JUAN ¡Ah! Muy bien.
- JUANA He cogido los racimos más hermosos. Y ya he ordenado á Piarou que se disponga para llevarlo esta tarde á casa de la señorita Coursan.
- JUAN No te he dicho que fuese para ella.
- JUANA (Sin poder ocultar su alegría.) Yo creía... ¿De modo que no es para la señorita Georgina?

- JUAN No te lo había dicho... Pero, sí; es para ella.
JUANA (Cambiando de tono.) Para ella... ¿Quiere usted verlo? (Retira las hojas que cubren el cesto y se lo enseña á Juan.)
- JUAN Perfectamente.
JUANA Es muy guapa la señorita Coursan. Y, por lo visto, no tiene prisa en volver al país de los salvajes.
- JUAN ¿Qué?
JUANA Vamos.. á su patria.
JUAN No digas disparates. La señorita Georgina ha nacido en Rumanía; en el país de su madre.
- JUANA Ya decía yo que venía de un sitio raro.
JUAN Su padre era de aquí. Francés de buena cepa.
- JUANA Y, según parece, una cabeza destornillada. He oído que se gastó una fortuna con las mujeres.
- JUAN Como no tienes idea. Si tarda en morirse acaba en un asilo. Su mujer y su hija han salvado del naufragio la casita en que viven y una pequeña renta. Hay que compadecerlas.
- JUANA ¿Y á quién no hay que compadecer en este mundo?
- JUAN A mí, precisamente.
JUANA Usted es un hombre feliz. Hasta luego, señorito Juan. (Vase por la derecha.)
- JUAN Adiós, cabecita loca.

ESCENA V

JUAN, CATALINA; después GEORGINA

- JUAN (Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.) ¡Catalina! Mi sopa. ¡Pronto! (Va á la ventana.) Tú, Piarou, suéltame á Stop. Vamos á salir dentro de un momento.
- CAT. (Sale por la izquierda.) Aquí está la sopa. (Coloca el tazón sobre la mesa.)
- JUAN (Oliendo el tazón.) ¡Suculental (se sienta y se dispone á comer.) Hay que reconocer que vivo en plena felicidad. (Vase Catalina por la izquierda.)

Juan come. Aparece Georgina por el foro en traje de ciclista, muy sencill'o.)

GEOR. Buenos días, vecino.

JUAN (Levantándose.) ¡Señorita Georgina! La verdad es que no esperaba verla á usted por aquí. La prueba es que iba á mandarles á usted este cestito de uvas moscatel.

GEOR. ¡Ah! Mil millones de gracias. El moscatel me gusta mucho. Es... algo así como yo... Uva de Francia con sabor extranjero. Pero... seguramente le estoy molestando...

JUAN Nada de eso... Estaba tomando un tente en pie. ¿Usted gusta?

GEOR. Gracias.

JUAN Pero, siéntese.

GEOR. Un momento.

JUAN ¿De dónde viene usted?

GEOR. De Saint-Bertrand.

JUAN ¡Con este sol!... Vendrá usted achicharrada.

GEOR. No había más remedio. Fenemos que recomponer el tejado de nuestra casa y he ido á pedir presupuesto al carpintero y al pizarrero. He disputado con ellos largo rato porque me sospecho que quieren robarnos. No mucho. Es buena gente. Querrán robarnos un poco. ¡Vamos, lo que suele robar la buena gente! ¿Quiere usted comprobarlo? (Le da un papel.)

JUAN ¿Por qué no?... ¡Oh! Esto me parece exagerado. ¿Quiere usted que lo comprobemos mañana sobre el terreno?

GEORG. Sí, será mejor.

JUAN Así tendré el gusto de saludar á su mamá. Por cierto, ¿cómo sigue?

GEORG. ¡Encantada! Ha recibido de Bucarest un un gran cesto lleno de confituras hechas con esencia de rosas de su país. Tres días lleva encerrada en su cuarto con las cortinas corridas, con una docena de luces y con unos cuantos abanicos. Fuma cigarrillos, canta á ratos, á ratos reza y come de cuando en cuando los dulces de rosas.

JUAN ¡Pobre señora!

GEORG. ¡No diga usted semejante tontería! Es muy feliz, porque no cesa de dormir. Duerme ahora y durmió antes. En Rumanía, cuando

éramos ricos y teníamos espléndidos jardines, magníficos caballos y buena mesa, mi madre dormía y era tan dichosa como si fuere pobre. Ahora que hemos venido á menos, que vivimos solas en nuestra casita, sigue durmiendo y sigue soñando... Es tan dichosa como si fuera rica...

JUAN Y mientras ella sueña, usted trabaja, vigila, cuida de su casa, ajusta las obras y no se preocupa del sol. ¡Tiene usted un carácter admirable y una energía.. más admirable aún!

GEORG. A ratos. No crea usted que soy siempre así. Hay momentos en que lloro haberme quedado sin jardines, sin joyas, sin caballos y ambiciono recuperar todo aquello, fuere como fuere... Sería capaz... Pienso muchas locuras, pero me arrepiento en seguida.

JUAN Usted, como su madre, también quiere tener un sueño dorado.

GEORG. Sí... Pero despierta.

JUAN Es usted ambiciosa y eso suele ser peligroso.

GEORG. ¿Usted cree?... Pues entonces, usted que es tan formal y tan juicioso, al mismo tiempo que interviene en la reforma del tejado, puede intervenir en la reforma de mi carácter. Aconséjeme usted.

JUAN Un poco difícil es lo que me pide. Yo no paso de ser un lugareño. He vivido siempre rodeado de gentes que, más que seres humanos, parecen cosas. La única persona con quien suelo hablar algo es mi perro. Pero, en fin, lo que sí puedo aconsejarle es que procure siempre estar alegre, estar contenta.

GEORG. Alegre... contenta...

JUAN No es la vida tan mala como se dice todos los días y en todas partes. Las cosas deben hacerse cuando el sentido ordena. El heno se siega crecido, el trigo maduro... Debe uno apoderarse de la felicidad cuando pasa por nuestro lado.

GEORG. ¿Y si no pasa nunca?

JUAN Pasa siempre.

GEORG. Y ¿cómo saber que es la felicidad?... Y ¿si me apodero de ella, como usted dice, y luego resulta que me he equivocado?... En fin,

cuando llegue esa ocasión, me tomaré la libertad de consultárselo.

JUAN Y yo le diré mi opinión sinceramente.
GEORG. Así lo espero. No se ponga usted fatuo... Cada día siento por usted mayor estimación. Es usted un hombre juicioso, sin malas intenciones y sin hipocresías.

JUAN Así lo procuro.
GEORG. Y sin embargo... No se enfadará usted si se lo digo... Muchas veces sospecho que hay en usted algo extraño, algo misterioso...

JUAN ¡Quién sabe! ¡Es posible!

GEORG. ¿Alguna pena?

JUAN No., Eso no...

GEORG. ¿De verdad?

JUAN Yo soy franco y si tuviese alguna pena, con toda franqueza se lo diría.

GEORG. Ya no pregunto más La verdadera amistad no es curiosa. Y yo... yo soy su mejor amiga (Le tiende la mano.)

JUAN Así lo creo y se lo agradezco en el alma.

ESCENA VI.

DICHOS. JUANA

JUANA (Dentro.) ¡Señorito Juan!

JUAN ¿Eh? ¿Quién llama? (Se dirige hacia el fondo. Georgina se quita la rosa que lleva en el pecho, la besa y la pone sobre la mesa.)

JUANA (Apareciendo por el foro.) Perdone, señorito Juan... Piarou dice que si quiere usted cazar algo no debe entretenerse. Que antes de dos horas se ocultarán las palomas entre las ramas de los árboles.

GEORG. Para un cazador la mayor contrariedad es que se le impida la caza. Ahora mismo lo dejo á usted. Voy á dar un paseo hasta Saint-Bertrand. Ya no hace tanto calor. Y, además, estoy empezando á seguir su consejo.

JUAN ¿Mi consejo?

GEORG. Sí. ¡Ya estoy contenta! ¿Hasta mañana?

JUAN Hasta mañana. (Vase Georgina por el foro. Juan se

dirige á la ventana y silba.) ¡Aquí!... ¡Aquí, Stop!
(Coge su escopeta y su morral y se dirige al fondo)
¡Hoy voy más animado que nunca! ¡Hasta
luego, Juanita! (Vase por el foro. Juana lo mira
salir, después se dirige á la ventana y se supone que si-
gue mirándolo. Baja al proscenio y al llegar al lado de
la mesa repara en la rosa que dejó Georgina. La coge
y hace intención de tirarla. Se arrepiente, coge un vaso,
lo llena de agua y coloca en él la flor. Se oye dentro
ruido de automóvil que se acerca y se detiene. Juana
va á la ventana.)

JUANA ¡Un automóvil!... Y se para aquí... Bajan dos
señorones... ¿Quiénes serán?... (Salen foro Lar-
zac y Charmeuil. Trajes de auto. Los dos elegantísi-
mos.)

ESCENA VII

LARZAC, CHARMEUIL y JUANA

(En cuanto salen, Charmeuil se deja caer en una silla.)
LARZAC Buenas tardes, muchacha. ¿El señor Bernard?
JUANA Aquí vive; pero acaba de salir.
LARZAC No me parece mal. Y ¿tardará mucho?
JUANA Es de suponer. Ha ido de caza.
LARZAC Y ¿el administrador... el encargado de la
finca?... ¿Cómo se llama?
JUANA Aubrin.
LARZAC ¡Justo!
JUANA Es mi padre, señor. Aquí llega precisa-
mente.

(Sale Aubrin por la derecha y vase Juana por la iz-
quierda llevándose el tazón.)

ESCENA VIII

LARZAC, CHARMEUIL y AUBRIN

LARZAC ¡Hola, amigo! ¿Usted es el hermano del an-
tiguo Cura de esta parroquia?
AUB. Sí, señor. El fué quien me colocó en esta
casa. Por San Roque hará diez años que mu-
rió el pobrecito.
LARZAC Y ¿cómo se llama el sucesor?

AUB El abate Jocas.
LARZAC Y ¿su amo de usted, tiene buena amistad con el nuevo Cura?
AUB Ya lo creo. El señorito Juan es amigo de todos. Pero del abate Jocas como de ninguno.
LARZAC Perfectamente. (A Charmeuil.) ¿Has oído?
CHAR. Sí, hombre, sí... ¡Lo que te dé la gana!
LARZAC Necesito que me haga usted un favor. Supongo que el presbiterio no caerá muy lejos.
AUB Está aquí al lado.
LARZAC ¿Quiere usted decir al abate Jocas que venga lo antes posible?
AUB En seguida voy. Es casi seguro que lo encontraré en su viña. Está allí mucho más tiempo que en la iglesia.
LARZAC Tome usted... por la molestia.
AUB. Gracias, señor. (Va al foro mirando la moneda. Aparte.) ¡Una moneda de oro por ir á buscar á un cural! ¡Y pensar que hay majaderos que quieren suprimirlos!... (Vase foro.)

ESCENA IX

LARZAC y CHARMEUIL

LARZAC Es preferible esto... ¿No te parece?
CHAR. Sí, hombre, sí... ¡Lo que te dé la gana!
LARZAC ¡Lo que te dé la gana!... ¡Lo que te dé la gana!... Pero ¿es que no sabes decir otra cosa?
CHAR. Mira, Gastón... Es que tú no te das cuenta del estado en que estoy. Ahora mismo me preguntas el nombre del Presidente del Jockey-Club y maldito si puedo decírtelo. ¡Estoy reventado!
LARZAC Pero ¿cómo?... ¿Por un simple paseo en auto?...
CHAR. ¡Protesto! Ni simple, ni paseo. ¡Han sido 850 kilómetros casi de un tirón y con un sol se negalés.
LARZAC ¡No te dará vergüenza!
CHAR. No es fácil. Me explicaré. Las circunstancias han sido realmente extraordinarias. ¡Ay

Cuando pienso en estos dos días... ¡es que se me pone carne de gallina! Antes de ayer á las dos de la madrugada, llegas al Club y yo salgo á tu encuentro para decirte: «D'Epernon acaba de levantar tres mil luises en la primera mesa. La banca pasa de mano. Hay una continuación admirable. Tómalala.» Tú me miras despreciativamente y me contestas: «Me tiene sin cuidado. Anda, vete á hacer la maleta. Dentro de tres horas partimos para el Languedoc.» Yo no tenía idea de dónde estaba el Languedoc. Creí que era cerca de París y resulta que está casi en España. ¡Y tienes el tupé de decir que es un paseo!

LARZAC ¡No me marees más!... Con no haber venido...

CHAR. Hay cosas imposibles. Hace veinte años que no me separo de ti, que voy contigo á todas partes. Ya no tengo edad de cambiar de costumbres.

LARZAC Y yo te lo agradezco mucho. Precisamente ahora... ahora sentía la necesidad de tenerte á mi lado en los graves acontecimientos que se preparan.

CHAR. Lo comprendo, y ya no me lamentaré más. Me resigno.. Aparte de que este sillón es bastante agradable.

(Se ve pasar al Cura por el camino á través de la ventana.)

LARZAC ¡Por allí viene el Cura! Anda, vete á dar una vueltecita.

CHAR. ¿Eh?

LARZAC (Obligándole á levantarse.) Necesito estar solo con él.

CHAR. Pero ¿dónde voy yo... sin conocer á nadie?

LARZAC Pues... por ahí... ¡Por la carretera!

CHAR. Me voy á aburrir como una ostra.

LARZAC No lo creas... No estarás solo... He reparado que hay bastantes mosquitos. ¡Vamos, vete!

(Sale el Cura por el foro.)

CHAR. Te advierto que no me gusta nada el Languedoc. Que me pone de un humor de todos los demonios.

(El Cura se persigna.)

LARZAC ¡Anda, hombre! (Vase Charmeuil por el foro.)

ESCENA X

EL CURA y LARZAC

- LARZAC Adelante, señor Cura.
CURA Perdóneme usted. No creí encontrarme aquí con un señor... tan señor, y ni me he preocupado de cepillarme un poco. ¡Pero estos son detalles minúsculos!... ¿A quién tengo el honor?...
- LARZAC Verá usted, señor Cura. En realidad, á quien yo deseo ver, para hablarle de cosas muy serias, es á Juan Bernard. Para ello vengo expresamente desde París.
- CURA ¡Es un viaje larguísimo! Sin duda, es usted amigo suyo.
- LARZAC Nada de amigo.
- CURA ¿Entonces?...
- LARZAC Juan es mi hijo.
- CURA ¿Qué?
- LARZAC No le extrañe á usted mi emoción... ¡He pronunciado tan pocas veces esta palabra!... Juan es mi hijo.
- CURA ¿Luego usted es el señor conde de Larzac?
- LARZAC Sí, señor Cura... Lo veo á usted muy al corriente. ¿Quizás por él mismo?
- CURA Delante de mí no pronunció nunca el nombre de usted. Creo que no lo ha pronunciado delante de nadie.
- LARZAC ¿Ni una vez siquiera?
- CURA ¡Ni una sola vez!
- LARZAC ¡Está bien!
- CURA Si yo conocía el nombre de usted fué porque mi antecesor creyó que debía confiarme ese secreto. Me dijo también que era antiguo amigo de la familia de usted, que usted le había confiado la misión de cuidar á Juan, de educarle, y que, obedeciendo las órdenes de usted, había adquirido esta finca para el muchacho. Eso es todo lo que sé.
- LARZAC Está usted casi al corriente. Señor Cura, sea usted sincero. Confiese que le repugno.
- CURA Pero...
- LARZAC Confíeselo usted.

- CURA Nada de eso.
- LARZAC En su fuero interno estará usted pensando: «Este hombre es un mamarracho, este hombre es un ente despreciable.»
- CURA Señor... Yo no me permito nunca juzgar á mi prójimo. A lo más que me atrevo ahora es á expresar la pena que me causa el que Juan no sea el fruto de un matrimonio legítimo.
- LARZAC Evidentemente, sería lo mejor. Aunque mejor hubiera sido que yo no hubiese asistido al Eliseo el día 22 de Enero de 1877.
- CURA ¿Al Palacio del Gobierno?
- LARZAC Sí. El Mariscal invitó á cenar cierta noche á toda la crema de la sociedad realista. La señorita Luciana Pavie, de la Comedia Francesa, fué á representar un acto de *Los juegos del amor*. ¡Ah, señor Cura!... ¡Si usted la hubiera visto en *Los juegos del amor!*...
- CURA Es de suponer que no me hubieran ofrecido semejante espectáculo.
- LARZAC ¡Qué gracial! ¡Qué soltura! Estaba en escena como en su casa. Yo entonces tenía veintidós años. Usted no se puede imaginar lo que era yo á los veintidós años. Al terminar la velada, el duque de Decazes me dijo con cierto sentimiento: «Joven, la República le comisiona para que acompañe á la señorita Pavie hasta su domicilio.» Obedecí. Ofrecí á la gentil artista su abrigo, y ella me correspondió con una sonrisa *escalofriante*. La acompañé al carruaje, subí con ella... y tardé cuatro años en bajar... ¡Cuatro años deliciosos! Señor Cura: ¡no vaya usted nunca al Eliseo!
- CURA No tenga usted cuidado.
- LARZAC Después del nacimiento de Juan propuse á su madre el casarme con ella.
- CURA ¡Excelente proposición!
- LARZAC No pensó ella lo mismo. Tenía talento hasta para el amor. Al día siguiente me contestó con una cartita que no contenía más que esta frase: «Me propones casarte conmigo. ¿Es que ya no me quieres?» ¿Qué le parece á usted?
- CURA No me parece nada. Me hago cruces, señor... ¡Me hago cruces!

- LARZAC Murió Luciana cuando el chiquillo tenía dos años. Tuve un pesar profundísimo... ¡el mayor de mi vida!
- CURA Lo que no acabo de comprender es cómo ha podido usted vivir veinte años sin ver á su hijo.
- LARZAC Tiene usted razón. Han sido las circunstancias. Yo era entonces agregado de embajada. Pocos días después de la muerte de Luciana, fui destinado á la legación de Tokio. Antes de partir, confié el niño al párroco Aubrin y aseguré su porvenir. Estuve ocho años sin regresar á Francia... Después desempeñé otras funciones, y no hacía más que cruzar por París, poco menos que como un meteoro. No volví definitivamente hasta hace unos trece años.
- CURA Entonces pudo usted preocuparse de su hijo.
- LARZAC Me lo impedía la vida desordenada que yo hacía entonces. ¿Qué ejemplo iba á darle?...
- CURA ¡Qué sé yo!
- LARZAC Malísimo, señor Cura. Lo reconozco. Hasta ahora no era prudente que yo tuviera á Juan á mi lado.
- CURA ¿Hasta ahora?... Eso quiere decir...
- LARZAC Que he decidido llevármelo conmigo y ser para él el mejor y el más respetable de los padres. ¡He capitulado!
- CURA (sin comprender.) ¿Cómo que ha capitulado usted?
- LARZAC Sí, señor Cura. Renunció á las mujeres de un modo definitivo.
- CURA Y ¿está usted seguro de no rectificar?
- LARZAC Segurísimo.
- CURA Bendigamos que la Providencia haya intervenido.
- LARZAC Sí, señor. El sábado pasado, á las seis de la tarde.
- CURA ¡Qué precisión!
- LARZAC A decir verdad, intervino bajo la forma de una muchacha... de una muchacha encantadora. ¿Se la describo á usted?
- CURA No. Muchas gracias.
- LARZAC Perdóne usted. Yo soy así. Hace una hora no lo conocía y en este momento me parece que es usted mi mejor amigo.

CURA Yo le agradezco esa confianza. ¿Con que decía usted que una muchacha?...

LARZAC La conocí en las carreras de caballos. Era... ¡No tengo más remedio que describírsela á usted! Figura bonita, ojos alegres, pie diminuto... ¡Una verdadera monería! Se la enseñé á mi amigo Charmeuil y le pregunté: «¿Qué te parece?» Me responde: «¡De primera, de primeral!» Yo, entonces, la sigo. ¿Qué, hice bien?

CURA ¡Qué sé yo!...

LARZAC La cito para el día siguiente... Llega á las cinco... Se quita la *echarpe*... La beso en la frente... ¿Qué hubiera usted hecho en mi lugar? (Asombro del Cura.) Y, en aquel momento, ¿sabe usted lo que hizo ella?... Empezó á reír... á reír... ¡No acababa nunca! Le pregunté qué significaba aquella risa, y en vez de contestar, me cogió de la mano, me llevó ante el espejo de la chimenea, y me dijo: «¡A su edad!» Y lo terrible es que me lo dijo dulcemente... como con sentimiento. Esto me hizo comprender que ella tenía razón. He hecho reír á una mujer, señor Cura. ¡No haré reír á dos!...

CURA ¡Comprendo su situación!

LARZAC Entonces pensé en mis veinte años; después en los de otra persona que los había cumplido lejos de mí, sin mí... ¡Un pobre pequeño que yo había abandonado y que se había convertido en un pobre *grande! A la mañana siguiente tomé mi auto y partí para el Languedoc. ¿Por qué llora usted, señor Cura?

CURA Y usted, ¿por qué llora?

LARZAC ¿Yo?

CURA No le dé á usted vergüenza. Su historia me prueba que para llegar al bien, son buenos todos los caminos.

LARZAC (Emocionado.) ¡Hábleme usted de Juan!

CURA Con mucho gusto.

LARZAC ¿Estará muy alto?

CURA ¡Ya usted ve! ¡Veinticinco años!

LARZAC Es verdad... Para mí, como si no tuviera más que...

CURA Tres días.

LARZAC ¿Y es feliz?

- CURA Mucho.
- LARZAC Me alegro. Estaba viéndome precisado á tener remordimientos. Y los remordimientos son una cosa que yo no quiero tener nunca.
- CURA Juan lleva una vida que es modelo de sencillez. Es el hombre más leal y más recto que he conocido. Aquí todos le quieren, le respetan, le consultan...
- LARZAC ¿Y es guapo? ¿Se parece á mí?
- CURA En nada.
- LARZAC Me está bien empleado. Y ahora un punto delicadísimo... ¿'tiene amores? ¿Le gustan todas las mujeres?
- CURA ¡Caballero!...
- LARZAC ¡Basta! (Mira el reloj.) Ya son las seis.
- CURA No tardará en venir.
- LARZAC (Paseándose agitado.) ¡Oh, qué situación! ¡Pensar que dentro de poco voy á ver entrar á mi hijo, á abrazarle por primera vez!... ¡Es una emoción indescriptible!... Señor Cura, ¿no ha tallado usted nunca una banca de mil luises?
- CURA ¿Cómo?
- LARZAC ¡Calle usted! Los curas tallan menos fuerte. ¿Querrá usted creer que tengo miedo?
- CURA Yo también lo tengo.
- LARZAC ¿A usted qué le parece?
- CURA Si yo me atreviera, le daría un consejo. Yo... yo evitaría ese peligro. ¿Cómo? Anunciándole con ciertas precauciones la determinación de usted. Yo creo que aceptaría sin vacilar. Pero puede ocurrir lo contrario, y en ese caso, necesito tiempo para convencerle y persuadirle. Espere usted á Juan en París. Dentro de tres días estará á su lado. Se lo prometo
- LARZAC (Después de una pausa.) Tiene usted razón, señor Cura. Obedezco. ¡Pero tres días es mucho!... ¡Es mucho... *ahora!*
- CURA Voy á salirle al encuentro y volveré con él. Le hablaré de todo esto por el camino. Empieza á obscurecer. Es una buena hora. Al toque del *Angelus* hay más dulzura en las almas.
- LARZAC ¡Es usted muy bueno, señor Cura! Jamás le

agradeceré bastante su consejo y su acción.
¡Me ha devuelto usted la juventud!

CURA (Aterrado.) ¡Dios mío!

LARZAC ¡Tranquílese usted, que no es la mía. ¿Permite usted que le abrace?

CURA ¿Cómo no? (Se abrazan.) Hasta la vista, señor Conde. Hasta la vista. ¡Caramba, si es que no sé qué me pasa en los ojos!... Y á usted... ¡á usted también!

LARZAC Sí... pero no caigo ..

CURA Esto pasa cuando se separan dos hermanos. ¡Qué emoción, señor Conde! ¡Qué emoción, señor Conde! (Vase por el foro rezando y secándose las lágrimas.)

LARZAC ¡Es un santo este hombre! (Va á la puerta del foro.) ¡Charmeuil! ¡Charmeuil! ¡Qué momento!... ¡El más interesante de mi vida!

ESCENA XI

LARZAC y CHARMEUIL

CHAR. (Sale por el foro como asustado.) ¿Qué?... ¿Qué pasa?

LARZAC Que te prepares. Que nos vamos.

CHAR. ¿Que nos vamos? Pero, ¿adónde nos vamos?

LARZAC A París.

CHAR. ¿A París? Pero, ¿es que te has propuesto terminar conmigo?

LARZAC Di á Justino que llene inmediatamente el depósito de la gasolina.

CHAR. Gastón, tú no estás en tu pleno juicio. Tú no reflexionas que la resistencia humana tiene sus límites. ¡Obligarme á desandar ahora mismo los 840 kilómetros!... ¡Es una cosa horrible! ¡Voy á llegar á París completamente molido! Y no es eso lo peor. Sino que tú eres capaz de decirme en el acto de entrar en nuestro París: «No te vayas á casa. Dentro de diez minutos salimos otra vez para el Languedoc». Y ahora, desgraciadamente, ya sé dónde está el Languedoc.

LARZAC ¡No reniegues más! Me iré sin ti.

CHAR. ¡Oh! ¡Eso de ningún modo!

LARZAC Lo que tienes que hacer es fijarte bien en los mapas, para no equivocarte de camino á cada momento.

CHAR. ¡Sí; otra gracia del automovilismo! Veo cinco rayas en el mapa, me hago un lío, elijo la única que no conviene, ¡y me doy cuenta á los 40 kilómetros!

LARZAC Déjate de comentarios y vete á ayudar á Justino.

CHAR. Ya voy, hombre. Decididamente, no me gusta nada el Languedoc. ¡Qué viajecito de ida y vuelta! (Vase por el foro.)

ESCENA XII

LARZAC y AUBRIN. Luego JUANA

AUB. (Sale por el foro.) ¿Se marcha ya el señor?

LARZAC Sí, amigo mío.

AUB. ¿Y qué hay que decir al señorito Juan?

LARZAC Nada... nada... Qué, ¿le quiere usted mucho?

AUB. ¡Muchísimo! ¡Imagínese usted! Al cabo de veinticinco años...

LARZAC Es verdad... ¡Veinticinco años!... Usted lo ha conocido chiquitín... Usted lo ha visto jugar...

AUB. ¡Ya lo creo!

LARZAC Usted, además, lo ha visto crecer.

AUB. ¡A la fuerza!

LARZAC ¡Sí, claro!... Vaya, quede con Dios, amigo. (Vase por el foro.)

AUB. Que la Magdalena les guíe. ¡Es raro! Vienen de París expresamente para hablar al señorito Juan, y se vuelven allá sin haberlo visto. ¡Yo no comprendo á estas gentes!

JUANA (Sale por la izquierda.) Padre, ¿vienes á cenar?

AUB. Voy ahora mismo. Tú, antes, pon esto un poco en orden. (Se oye ruido del auto que parte.) ¡Ya se marchan! ¡Estos parisienses qué tipos tan extravagantes son todos! Pero, ¿á qué habrán venido?

(Vase por la izquierda. Juana pone en orden los muebles. Sale Georgina por el foro.)

ESCENA XIII

JUANA, GEORGINA y JUAN

- GEOR. ¡Hola, Juana! Aquí estoy otra vez. Al regresar he pensado que podía llevarme yo misma el cestito de moscatel.
- JUANA Aquí está.
- GEOR. ¿Quiere usted hacer el favor de decir que lo aten al guión de la bicicleta? ¡Qué uvas tan hermosas!
- JUANA Más hermosas ha debido usted verlas en casa del señor de Vaujour.
- GEOR. ¿Por qué me habla usted de ese señor?
- JUANA Porque dicen que antes iba usted á su casa con frecuencia.
- GEOR. Cierto que iba. Es un señor bien educado, muy tratable...
- JUANA También... También lo dicen. (Mira hacia la ventana.) Ya vuelve el señorito Juan. ¡Qué contenta estará usted!
- GEOR. Yo, sí... Usted es la que no parece que lo está.
- JUANA Yo... ¡No tengo tiempo, señorita! (Coge el cestito y vase por el foro.)
- GEOR. ¡Qué brusca es esta muchacha! (Va á la ventana.) Señor Bernard... ¡Qué entretenido está hablando con el señor Cura! Como no se dé prisa, únicamente podré decirle adiós.
- JUAN (Sale por el foro) ¡Cuánto me alegra, Georgina, que haya usted vuelto! Pensaba ir á su casa después de cenar.
- GEOR. ¿Y eso?...
- JUAN Para despedirme.
- GEOR. ¿Se marcha usted?... ¿Cuándo?
- JUAN Mañana.
- GEOR. ¿Adónde?
- JUAN A París.
- GEOR. ¿Y cómo no me lo dijo usted antes?
- JUAN Porque no lo sabía. Es orden de una persona que quiere tenerme á su lado para siempre.
- GEOR. ¿Y por qué la obedece usted como un niño?
- JUAN Porque es mi padre.

- GEOR. ¿Su padre? Usted no me había hablado nunca de él.
- JUAN Era mi secreto. Pero ahora ya puedo revelárselo. Mi padre no es como los demás padres... No era el marido de mi madre... Yo soy un hijo natural.
- GEOR. ¿Cierto?...
- JUAN ¡Cierto!
- GEOR. (Mirándole fijamente.) Juan, ha debido usted confesármelo antes... Yo le hubiera consolado.
- JUAN Pero, ¿de qué? ¡Si yo no he tenido la menor tristeza!
- GEOR. ¡Es usted un hombre admirable! Y hoy, hoy, al saber el cambio radical de su vida, ¿no ha sentido ninguna impresión?
- JUAN Sí, una. Al pensar que iba á separarme de usted.
- GEOR. ¿De mí?
- JUAN Escúcheme usted y procure comprenderme. Al decidir mi partida, lo primero que se me ha ocurrido es que ya no la vería á usted ni aquí, ni en los caminos, ni en el pueblo. Y ya no pienso más que en eso... ¡Nada más!... Si viera usted cuánto sufro al comprender lo torpe que soy, al notar que no sé explicarme, que no sé decirle... Pero si ya me lo ha dicho usted.
- GEOR. ¿Yo? Perdóneme...
- JUAN No hay por qué.
- JUAN Eso quiere decir que usted no me quiere.
- GEOR. Amigo mío: ¡estoy tan emocionada!... ¡Es una emoción que no he sentido nunca!
- JUAN No es indispensable, Georgina, que me conteste ahora mismo. Cuando usted haya decidido... lo que sea... Escribame usted. . una sola palabra. Sí ó no. Con eso me basta.
- GEOR. Pues así lo haré. Adiós, Juan.
- JUAN Adiós, Georgina. Así me gusta. Ahora me diga usted nada. Pero, sin embargo... ¿l'odré yo partir contento? . .
- GEOR. (vacila.) Yo creo...
- JUAN No... No me diga usted nada... Adiós, adiós. (Vase Georgina por el foro.)

ESCENA XIV

JUAN, Después JUANA

- JUAN (Llamando.) ¡Aubrin! ¡Aubrin! (Se sienta junto á la mesa.)
- JUANA (Sale por la derecha.) Señorito Juan... Mi padre está en el campo.
- JUAN Bueno, pues oye tú. Voy á hacer un viaje. Haz que avisen al capataz de los trilladores y al herrero para que vengan á verme mañana al amanecer.
- JUANA Pero, ¿dónde va usted, señorito?
- JUAN Un poco lejos. A París. Hazme esta noche las cuentas de la granja. Te dejaré instrucciones de lo que hay que hacer durante mi ausencia.
- JUANA ¿Pero es tan urgente?
- JUAN Ya lo creo. Me marcho mañana.
- JUANA ¡Mañana!... ¿Y por cuánto tiempo?
- JUAN Quizás por mucho. (Juana rompe á llorar y se oculta la cara con su delantal) ¿Qué tienes, Juana? ¿Por qué lloras? ¿Porque te he dicho que me voy?... (Juana dice que sí con la cabeza.) ¡Vamos, tú estás loca!... ¿Y qué puede importarte eso, si tú también dejas esta casa para irte á Tolosa?
- JUANA ¡Ya no!
- JUAN ¿Has cambiado de parecer?
- JUANA Sí... Ahora mismo... ¡Ya no vale la pena, puesto que usted se va de aquí!
- JUAN ¡Ah, qué sospecha! Pero es que tú... ¿tú estás enamorada?
- JUANA (Sin dejar de llorar.) Yo... yo... sí.
- JUAN (Con alegría.) ¿De verdad?... ¡Qué buena eres! ¡Tú no sabes la alegría que has traído á mi alma!... ¡Amor! ¡Amor por mí! ¿Por qué no? ¿Por qué no? (Reprimiéndose.) Vamos... Vamos, Juana... No pienses más en eso, y ven á abrazarme, como lo que eres: ¡como una hermana mía!
- JUANA ¡No! ¡No! (Se va corriendo.)
- JUAN ¡Pobre muchacha!
- (Telón rápido.)



ACTO SEGUNDO

Un salón en casa del Conde de Larzac. Mobiliario muy elegante. Dos puertas al foro. Otras dos puertas. Teléfono

ESCENA PRIMERA

LARZAC y ROSINA

Están cerca de la puerta del foro, como despidiéndose

- LARZAC ¡Así es la vida!
- ROS. Sí... ¡Así es la vida! ¡Pero qué poco agradable es una ruptura!
- LARZAC No me guarde usted rencor. Piense que no tardará mucho tiempo en consolarse. Ya está usted contratada en el Odeón. ¡Va á tener un éxito brillantísimo, Margarita!
- ROS. No. Rosina.
- LARZAC Es verdad. ¡Qué distraído! Perdóneme. Es la tristeza. Tengo la seguridad de que nos acordaremos el uno del otro como nos acordamos de un viaje delicioso.
- ROS. Sí... Sí... Con razón se dice que los recuerdos de amor tienen el perfume de una vareda donde el viento deshojó varias rosas.
- LARZAC ¡Qué pensamiento tan lindo!
- ROS. ¡Es usted muy galante! (Larzac le besa la mano y vase Rosina por el foro derecha.)

ESCENA II

LARZAC y PEDRO

LARZAC (Toca el timbre y mira el reloj.) ¡Demonio! Antes de media hora estará á mi lado. (Sale Pedro por el foro derecha.) Oye, Pedro. ¿Queda alguien más?

PEDRO Sí. La señorita, que está en el *fumoir*.

LARZAC ¡Ah, sí! Guillermina Ransey.

PEDRO Es la última.

LARZAC Muy bien. Dile que pase. (Vase Pedro por el foro izquierda.) No creía yo que iba á resultarme tan bien este saldo de cuentas amorosas.

ESCENA III

LARZAC y GUILLERMINA, por el foro izquierda

LARZAC Adelante, querida Guillermina. Le he suplicado que viniera á verme, porque... porque...

GUILL. No se esfuerce usted, amigo Gastón. Es inútil. Estoy al corriente. ¡Todo acabó!

LARZAC ¿Cómo ha adivinado usted?

GUILL. No era difícil. Me ha enviado usted esta mañana un precioso brillante más claro que el agua cristalina... Los hombres no son tan generosos con una mujer más que en dos momentos: ó para tenerla ó para dejarla.

LARZAC ¡Conoce usted á los hombres!

GUILL. ¡Soy observadora!... Gastón, ¡cuánto lo he querido á usted!

LARZAC ¡Ah! Los recuerdos de amor tienen el perfume de una vereda...

GUILL. (Continúa.) ... donde el viento deshojó varias rosas.

LARZAC ¿Cómo? ¿Usted sabe?

GUILL. Escuché detrás de la puerta.

LARZAC ¡Es chistoso!...

GUILL. ¡No; no es chistoso!

LARZAC Gracias por ese aspecto melancólico que me

lisonjea y que le sienta á usted perfectamente.

GUILL. Procuraré conservarlo... por lo menos hasta el verano.

LARZAC Sí, justo... Hasta la temporada de baños en Trouville. Tendrá usted un éxito redondo.

GUILL. Es de suponer. ¿Piensa usted ir á allí?

LARZAC No. Se acabó Trouville para mí. No quiero hacer más planchas en el agua.

GUILL. Y ¿su hotelito?

LARZAC Lo alquilo.

GUILL. ¿Sí? ¿En qué precio?

LARZAC No nos enternezcamos. Adiós, y que Cupido la proteja. (Le besa la mano.)

GUILL. Adiós, Gastón. (Vase por foro derecha.)

LARZAC ¡Era muy agradable esta mujer! (Guillermina sale.) ¿Ha olvidado usted algo?

GUILL. Sí.

LARZAC ¿El qué?

GUILL. ¡He olvidado llorar! (Rompe á llorar.)

LARZAC Vamos, Guillermina... ¡Por Dios, Guillermina!

GUILL. No me marcharé sin haber llorado lo que exige la situación.

LARZAC ¡Pero es una locura! Guarde usted esas lágrimas para enternecer á mi sucesor en el momento de la seducción. (La limpia los ojos.)

¡Ajajá! ¿Se acabó la pena?

GUILL. Se acabó. Gastón, hasta la vista. (Vase.)

ESCENA IV

LARZAC y PEDRO. Después CHARMEUIL

LARZAC ¡Todavía veinte minutos. ¡Pedrol... (Sale Pedro foro derecha.) ¿Está todo corriente en el cuarto del señorito?

PEDRO Sí, señor.

LARZAC Muy bien, Pedro. Muchas gracias. (Suena el timbre del teléfono. Larzac al aparato.) ¿Quién? ¡Ah! ¿De casa del notario? ¿Es usted, señor Verviers?... Sí; lo espero á las tres en punto. ¿Ha hecho usted todas las diligencias? ¿Está todo dispuesto?... Perfectamente... Gracias.

- (Emocionado.) Gracias... (Cuelga el receptor. Vuelve á sonar el timbre.) ¿Qué?... Sí, señorita, sí... ¡Hemos terminado! ¡Me había olvidado de ésta! (Vuelve á colgar el receptor y mira el reloj.)
- PEDRO Cuando sonó el timbre, iba á decir al señor que su amigo el señor Charmeuil está ahí.
- LARZAC ¿Dónde?
- PEDRO Me he permitido hacerle esperar en el cuarto del señor; pero él se ha permitido esperar tumbado en la cama del señor. Duerme como un lirón.
- LARZAC ¡Despiértale bruscamente!
- PEDRO Lo que mande el señor. (Vase por la izquierda dejando la puerta abierta.)
- LARZAC ¡Siempre el mismo! ¡Vamos, Charmeuil! Hace más de una hora que espero. ¡Vamos, pronto!...
- CHAR. (Sale por la izquierda. Traje de viaje. Completamente fastidiado.) Pero... pero ¿á que encima vas á regañarme?
- LARZAC ¡Qué pesado eres!
- CHAR. (Desplomándose en una butaca.) ¡Pero, Gastón, tú no te haces cargo de las circunstancias! El martes llegamos de Tolosa en el auto. Por la noche voy al círculo para descansar un rato, y no hago más que llegar, cuando me sales al encuentro para decirme: «Son las once y veinte. Vas á tomar el tien de Angers que sale á las doce y cuarto, para llegar á las ocho de la mañana. Vas inmediatamente á casa de la directora del grupo *Regeneración moral del Oeste*... y rompes con ella de mi parte.»
- LARZAC Exacto. Reclamándole todas mis cartas.
- CHAR. (Sacando un paquete.) Aquí las tienes. Y ¿Margarita?... Y ¿Rosina?... Y. .
- LARZAC Acabé con todas. Despedidas... liquidadas... y olvidadas... Borrón y cuenta nueva.
- CHAR. Y ¿estás seguro de no reincidir?
- LARZAC ¡Oh, segurísimo! En ocho días no he abrazado más que á una sola persona... ¡y ha sido á un cura! ¡Ya soy libre!... ¡Libre! ..
- CHAR. ¡Qué entusiasmo!... Bueno, bueno... Pero no me fío.
- LARZAC ¿De quién? ¿De mí?
- CHAR. No.

- LARZAC ¿De Juan?
CHAR. Tampoco. De los hijos naturales en general. El hijo natural es un personaje insopportable, presuntuoso, fúnebre, charlatán...
- LARZAC No te comprendo.
CHAR. Fíjate en que á ese muchacho le obligas á salir de su cueva. Debe ser una especie de galán joven salvaje.
- LARZAC ¡Imbécil! Es mi hijo y no necesito más que tres semanas para hacer de él todo un hombre de mundo.
CHAR. Lo creo difícil.
- LARZAC ¡Bah! Cuestión de saestre... de mi experiencia... y de una mujer. Sobre todo de una mujer.
CHAR. ¡Y serás capaz de elegírsela!...
- LARZAC Tanto como eso... ¡Oh! Pero intervendré muy directamente. ¡Ya lo creo! Mira: Una actriz lo volvería loco... Una cortesana le costaría mucho dinero... Lo mejor es una mujer honrada que se la pegue á su marido.
CHAR. ¡Qué cosas dices! (Pausa) ¿Sigues con el proyecto de alquilar este verano tu hotelito de Trouville?
- LARZAC Sí.
CHAR. Me parece que tengo un buen arrendatario. Mi arquitecto. Un hombre acomodado y con una mujer encantadora.
- LARZAC ¿Has dicho encantadora?
CHAR. Lo es, indudablemente. Figúrate. . Sentimental, bien formada, rubia, amabilísima, cariñosísima...
- LARZAC ¡Maravillosísima!... Que venga á verme.. á vernos... y le daré informes sobre el hotel.
CHAR. Perfectamente. Y te aseguro que el marido... ¡encantado! Voy á enviarla ahora mismo cuatro letras. ¿Qué te parece?
- LARZAC Muy bien. Anda. (Charmeuil se sienta en la mesa del centro y escribe. Larzac mira al reloj.) ¡Pero ese tren viene con retraso!... Debió llegar á las dos y cuarenta.
- CHAR. ¡Qué nervioso estás!
LARZAC ¡Si supieras con qué impaciencia esperaba este momento! Realmente, estoy nervioso... ¡pero muy nervioso!
(Va hacia la derecha y hojea una guía de ferrocarril.)

les, dando la espalda al foro. Aparece Juan por el foro derecha. Mira a los dos hombres, duda. Al fin, se decide y se dirige á Charmeuil.)

ESCENA V

LARZAC, JUAN y CHARMEUIL

JUAN ¡Padre mío!
CHAR. ¿Eh? Pero...
LARZAC Pero.. si soy yo.
JUAN (Confuso.) ¡Oh! Perdón... (Mira á los dos.) Celebro no haber acertado.
LARZAC (Encantado.) ¡Ah!
JUAN (A Charmeuil.) Dispénsame... Creí que tenía usted más edad que... que el señor.
CHAR. (Ofendido.) Muchas gracias.
LARZAC Es Charmeuil, mi antiguo amigo, que ha venido para conocerte... para conocerle á usted.
JUAN Lo agradezco. (Con frialdad.)
CHAR. No merece la pena. Bien, pues yo...
LARZAC Sí, sí... Tienes que hacer. No te entretengo.
CHAR. Hasta la vista.
JUAN Hasta la vista.
LARZAC Vuelve dentro de una hora y nos hallarás en plena felicidad. Comerás con nosotros.
CHAR. ¿En el restaurant?
LARZAC No; aquí. Puedes venir de chaquet. Anda, vé á vestirte. (Empujándolo.)
CHAR. Ya, ya voy, hombre. (Vase foro derecha.)

ESCENA VI

LARZAC y JUAN

LARZAC Ea, ya estamos solos.
JUAN Sí.
LARZAC Siéntese usted.
JUAN Sí.
LARZAC ¿Has he?... ¿Ha hecho usted buen viaje?
JUAN Sí; pero resulta muy largo.
LARZAC Sobre todo con este calor.
JUAN Cierto.

- LARZAC ¿Quiere usted una taza de té?
 JUAN No... Muchas gracias.
 LARZAC ¿Hace buen tiempo por allá?
 JUAN Regular.
 LARZAC Como por aquí. (Pausa.) Pero deje el sombrero.
 JUAN ¡Ah, sí! (Coloca el sombrero sobre la mesa y tira una figura de barro que se hace pedazos.) ¡Ay!
 LARZAC No es nada... No es nada.
 JUAN (Recogiendo los pedazos.) ¡Qué desgracia! ¡Qué contrariedad!... Perdónese usted.
 LARZAC Nada de perdón. Has hecho divinamente.
 JUAN ¿Cómo?
 LARZAC (Estallando.) ¡Porque hace veinte años que debías estar en esta casa rompiendo cachivaches! ¡Ven á abrazarme, tonto! (Se abrazan)
 JUAN ¡Ah! ¡Juanito!... ¡Mi Juanito! (Se seca los ojos.)
 JUAN Vamos, vamos... Yo no he venido á aquí para entristecerle... Y, además, que eso me entristece á mí.
 LARZAC ¡Eres un buen muchacho! Ahora, que te tengo á mi lado, pienso en todo lo que de ti he perdido... El muñeco que apenas andaba... El colegial con sus libros... Ahora pienso en tus chiquilladas, en tus diabluras, en los azotes que te hubiera dado y en los postes que te hubiese suprimido. (Pausa.) Oye, hijo mío... El Cura, ese santo varón... ¿Te ha dicho?... ¿Te ha explicado?... ¿Has comprendido?...
- JUAN Muy bien.
 LARZAC Y ¿no me guardas rencor?
 JUAN Ninguno.
 LARZAC ¿De verdad?
 JUAN Sería presiso que estuviese loco. Se guarda rencor á las personas que le han hecho á uno algún daño ó le han causado algún pesar. Usted ni me ha hecho daño ni me causó pesar... puesto que no se ha ocupado de mí.
- LARZAC ¡Desgraciadamente!
 JUAN No lo sienta usted... No hay motivo.
 LARZAC ¡Eres muy buenol... Pero mi abandono... mi abandono, Juan...
 JUAN No ha causado el mal que usted cree. Por de pronto, yo he vivido tranquilo.

LARZAC Es un punto de vista. En fin, lo que yo quiero ahora es proporcionarte la felicidad. Me desquitaré de quererte tan tarde. queriéndote mucho. Serás el amo de mi casa.

PEDRO (sale por el foro derecha.) Señor... Acaba de llegar el señor Verviers.

JUAN Si estorbo...

LARZAC ¡De ningún modo! Precisamente se trata de ti. ¡Hijo mío, qué momento más solemne para los dos! —Dile que pase. (Vase Pedro.) Vas á ser muy feliz. ¡Muy feliz!

ESCENA VII

LARZAC, JUAN y VERVIERS por el foro derecha

VER. Señor conde... Señor...

LARZAC Mi hijo. El señor Verviers, nuestro notario.

VER. Tengo mucha prisa. Permitan ustedes que me sienta; que no tengo tiempo que perder. (Se sienta á la mesa y abre la cartera.)

LARZAC ¿Trae usted el acta?

VER. Aquí está.

LARZAC ¿Quiere usted leérnosla?

VER. Al galope. Y ustedes dispensen la rapidez con que procedo. Exigencias de la profesión. Nosotros no podemos malgastar un solo minuto.

LARZAC Siéntate, Juan. ¡Estoy muy conmovido!

VER. (Lee.) «Ante el señor Verviers, notario en París, y en presencia de los testigos instrumentales que marca la ley...» La ley los marca, pero yo no los traigo. La cuestión es no perder el tiempo. Continúo. «... ha comparecido Marcos—Enrique—Gastón, conde Larzac, habitante en París, diez y seis, avenida Gabriel...» No he puesto el piso, para ganar tiempo y porque no se pone nunca. Sigo. «... el cual reconoce por la presente acta, como hijo suyo, á Fernando—Juan Bernard, nacido en París el 18 de Noviembre de 1882, inscrito en el Registro civil como hijo de Luciana Pavie, artista dramática...» ¡Y qué artístal ¡Oh, qué maravilla!... Yo era gran admirador suyo. «... y de padre

desconocido. En consecuencia: Marcos—Enrique—Gastón, conde de Larzac, consiente que Fernando—Juan—Bernard agregue á su nombre el apellido de Larzac.. Para lo cual... De todo lo cual... Por lo cual...» (Dando la pluma á Larzac.) Hágame usted el favor de firmar.

LARZAC ¡Con toda mi alma! (Firma. El notario firma también; entre tanto Larzac abraza á Juan.) ¡Hijo mío! (Lleva á Juan hacia la mesa.) Ahora tú.

VER. No, no... El señor no tiene que firmar nada. Esto no le importa.

LARZAC ¿Cómo?

VER. Quiero decir que legalmente no le importa. Su consentimiento es completamente inútil.

LARZAC ¡Es curioso!

VER. Es la ley francesa.

JUAN (Estupefacto.) ¡A pesar de todo, es curioso!

VER. Antes de retirarme, señores, permítanme ustedes, con la brevedad acostumbrada, felicitar me de haber redactado este acta, por la cual un padre reconoce á su hijo. Gracias á ella la situación recíproca de ustedes cambia totalmente y les crea á los dos nuevos deberes. (A Juan.) A usted, caballero, el respeto filial, la deferencia y la sumisión en todo.

LARZAC Ciertamente.

VER. (A Larzac.) Y á usted la dirección moral, la autoridad del padre de familia.

LARZAC Ciertamente, amigo Verviers.

VER. Perdonen ustedes, pero me veo precisado á retirarme. Están esperándome para la lectura de un acta peligrosa por otro estilo.

LARZAC ¿Se trata?

VER. De un contrato de matrimonio. Señor Conde... Señor Condesito...

LARZAC (A Juan que no le hace caso.) ¡Juan! ¡Que es á tí!

JUAN ¡Ah! Perdón.

VER. Hasta la vista. (Coge distraído el sombrero de Juan.) ¡Me voy volando! ¡Qué vida!... ¡Y qué actividad! ¡Y qué cabeza! Me llevaba un sombrero que no es el mío. ¡Todo son trastornos, y con la prisa que tengo!... ¡Adiós, adiós! (Vase foro derecha.)

ESCENA VIII

LARZAC, JUAN

LARZAC Ahora ya eres mi hijo. Mi hijo con absoluta legalidad. ¿Estás contento?

JUAN Le aseguro que sí.

LARZAC (Cambiando de tono.) Yo tengo el deber de dirigirte.

JUAN (En el colmo de la sorpresa.) Pero...

LARZAC No sé por dónde empezar. Por las tarjetas. Coge ese libro. (Al coger el libro, Juan deja caer un objeto.) ¡Con cuidado!... ¡Aquí no están las cosas para que tú las tires! Es el libro de señas de todos mis amigos. Desde mañana empezarás á dejar tarjetas en sus casas. Pasado mañana solicitarás tu admisión como socio del Club.

JUAN Pero ¿para qué?

LARZAC Para que figures en el Anuario y para que pierdas algún dinero en el juego.

JUAN No tengo interés.

LARZAC ¡Yo sí! ¡Y basta! ¡Estoy velando por tu buena educación! En seguida te dedicarás á la esgrima.

JUAN ¿Para qué?

LARZAC Para el caso de que alguien quisiera avasallarte.

JUAN ¡Yo no lo he consentido nunca!

LARZAC Lo creo. Pero debes hacerte cargo de que ahora tienes un honor que defender.

JUAN ¡Antes también lo tenía!

LARZAC Sí; pero no era el mismo.

JUAN Entonces... ¿es que hay dos honores?

LARZAC ¡Naturalmente! ¡Dios mío, lo que hay que cepillarte! Gracias á que espero conseguirlo. Ya sé quién me ayudará en mi empresa.

JUAN ¿Quién?

LARZAC Tu primera amante. (Risueño.)

JUAN (Levantándose.) ¡Oh! ¡Eso no!

LARZAC Te asusta la palabra. ¡Claro! Llegas del campo, y en el campo el amor es una cosa grave, porque es dificultoso. Las mujeres guapas

no abundan, las distancias son largas, los vecinos son un gran inconveniente.

JUAN Y en París ¿no hay vecinos?

LARZAC Sí; pero como están ocupados en hacer lo mismo, le dejan á uno tranquilo. Esta es una de las ventajas de la civilización.

JUAN Es posible. Pero usted ya sabe que yo soy un salvaje.

LARZAC Te civilizarás en cuanto te presente á las mujeres de mis amigos. Inmediatamente, les harás la corte... Serás atrevido... osado... En fin, tendrás las condiciones que una mujer de mundo exige de un muchacho.

JUAN ¡Ah! ¿De modo que las mujeres de mundo exigen eso?

LARZAC ¡Claro!

JUAN Y ¿las otras... las que no son de mundo?

LARZAC Exigen lo mismo.

JUAN Entonces ¿qué diferencia hay?

LARZAC Que las unas están casadas y las otras no.

JUAN Y ¿si los maridos se aperciben?

LARZAC No los conoces. Hacen como que no se han apercibido.

JUAN ¡Vaya unos caballeros!

LARZAC (Impaciente.) ¡Son unos caballeros muy simpáticos! Además, hijo mío, argumentas demasiado. Soy tu padre, y es preciso que no me repliques. ¡Y mucho menos cuando se trata de educarte!

PEDRO (Sale foro derecha.) Una señora ha venido á preguntar por el señor.

LARZAC ¿Cómo? ¡Se me había olvidado una!

PEDRO Viene á hablar del hotelito de Trouville. Dice que es la señora del arquitecto del señor Charmeuil.

LARZAC ¡Sí, hombre! Que pase inmediatamente. (vase Pedro.)

JUAN Yo me retiro.

LARZAC No. Al contrario. Quédate. Quiero que te vean en mi casa.

JUAN Es que...

LARZAC (Paternalmente.) Déjame, que ya sé lo que me hago. (Arregla la corbata de Juan.) ¡Es preciso que te civilice un poco, qué diablo!

ESCENA IX

JUAN, LARZAC, COLETTE por foro derecha

- LARZAC (Al ver salir á Colette.) ¡Buena mujer! (Alto.)
Señora...
- COL. Caballero...
- LARZAC (Bajo á Juan.) No te distraigas. (Alto.) Mi amigo Charmeuil me ha anunciado la visita de usted. Excuso manifestar la satisfacción que me produce el recibirla.
- COL. Es usted muy amable. Pues sepa usted que, en principio, nos conviene el hotelito de que me habla el señor Charmeuil.
- LARZAC Lo celebro. Pero, ante todo, señora... Permítame que le presente á mi hijo. (Juan saluda, sin decir nada.)
- COL. Caballero...
- LARZAC Este muchacho ha vivido mucho tiempo en el Mediodía y ha venido ahora á Paris para acompañar á su padre. Dirigía allí una gran explotación agrícola... (A Juan.) ¿Verdad? (Juan no responde.) Con mucho resultado y demostrando ser muy competente. (Hace señas á Juan para que hable.)
- JUAN Sí... sí...
- COL. ¡Me encanta el campo! ¿Dónde vivía usted?
- JUAN En el Languedoc...
- COL. No conozco ese país.
- JUAN ¡Es encantador!
- LARZAC Con un cielo hermoso y una vegetación espléndida.
- COL. ¿Ha vivido usted allí?
- LARZAC Sí. (Juan le mira sorprendido.) Poco tiempo. ¡Una temporada cortital! ¡Oh! Pero ¡qué horizontes! ¡Qué poesía!
- COL. Yo adoro lo poético... Sobre todo, cuando voy de viaje.
- LARZAC Mi hijo le hablará mejor que yo de ese hermoso país. (A Juan muy bajo.) Vamos, habla. (Alto.) ¿Qué dice usted?
- JUAN
- LARZAC ¡Nada, nada!...
- JUAN Yo tampoco.

- COL. (Riendo.) ¡Es curioso!
LARZAC Vamos, estás todavía desconcertado. Como acaba de llegar...
- JUAN Sí, justo... Acabo de llegar y, como es lógico, pido permiso para retirarme. ¿Cuál es mi habitación?
- LARZAC Aquella. Pero... (Bajo á Juan.) ¡Eres tonto!
JUAN Señora... con su permiso... (Vase por la derecha.)
- COL. ¡Cuánto siento que por mi causal...
LARZAC Soy yo, señora, quien está avergonzado... y le pido mil perdones.
- COL. No hay de qué. Volvamos al objeto de mi visita. Quisiera pedirle...
LARZAC Lo que usted quiera. Concedido de antemano.
- COL. ¿De verdad?
LARZAC Desde luego. Imposible expresar hasta qué punto estoy contrariado por la timidez de mi hijo. Verdad es que yo tengo un tanto de culpa.
- COL. ¿Usted?
LARZAC ¡Claro! Acaba de llegar de un destierro, y de pronto lo he puesto en presencia de una de las mujeres más bonitas de París. El infeliz se ha deslumbrado. He debido proceder por gradación.
- COL. Es usted muy galante
LARZAC Tiene usted una sonrisa encantadora. ¡Oh, qué imbécil!
- COL. ¿Quién?
LARZAC Mi hijo. Si estuviese aquí, habría visto esa sonrisa y no hubiera podido por menos de decirle á usted...
- COL. ¿El qué?
LARZAC Eso que no hay más remedio que decirle á usted... Que es verdaderamente encantadora y que cuando se la contempla, no se sabe qué admirar más... Si los ojos... si la boca... ¡No hay nada tan hermoso como las mujeres! ¡Y pensar que he renunciado á ellas!
- COL. ¿Renunciado?
LARZAC ¡Irrevocablemente! (Cambia de tono.) ¿Qué día recibe usted, señora?
- COL. El jueves.
LARZAC ¿Me permite usted que la visite el jueves próximo?

COL. Sí; pero con la condición de que no abusará
usted de las galanterías. Señor de Larzac...
LARZAC Señora... (La acompaña y vase con ella por el foro
derecha. Pedro ha salido un poco antes por el mismo
sitio con una carta en una bandeja. Llama á la puerta
de la derecha.)
JUAN (Dentro.) ¿Quién?
PEDRO Una carta para el señorito.
JUAN (sale.) Deme usted. (Toma la carta. Vase Pedro por
la izquierda. Juan abre la carta. La lee con emoción
y con alegría. Sale Larzac por foro derecha. Juan se
guarda la carta.)

ESCENA X

LARZAC y JUAN

LARZAC ¡Holal ¡Ya ha vuelto á salir el ogro!
JUAN Perdone usted. Reconozco que he estado
muy grosero con esa señora. Si me he con-
ducido de ese modo, ha sido porque tenía
para ello una razón muy poderosa. Estoy...
Va usted á reirse... Estoy enamorado.
LARZAC Cuenta, cuenta... ¡Oh, qué alegría! ¡Tengo
un hijo y está enamorado! Te quiero mucho
más desde este momento. ¿Por qué no me
lo has dicho antes?
JUAN Porque esperaba... una respuesta y acabo de
recibirla. Aquí está. (Le da la carta.)
LARZAC ¿Una carta de amor?
JUAN Casi. Puede usted leerla.
LARZAC (Lee.) «Sí». ¿No dice más que esto?
JUAN Nada más.
LARZAC No es mucho.
JUAN Pues es bastante.
LARZAC Y ¿firma?
JUAN Georgina.
LARZAC ¡Bonito nombre! Y ella, ¿es bonita?
JUAN Para mí lo es mucho.
LARZAC «Sí»... Pero, ¿sí qué? ¿Qué quiere decir?
JUAN Que está dispuesta á ser mi mujer.
LARZAC ¿Cómo? ¿Pero es que quieres casarte?
JUAN Sí.
LARZAC ¡Malo, malo! Vas muy de prisa. Eso no es
serio.
JUAN Es muy serio.

LARZAC ¡Vaya por Dios! Y ¿dices que se llama esa señorita?...

JUAN Georgina Coursan.

LARZAC ¿Coursan?

JUAN Vive cerca de mi finca en una casita muy modesta.

LARZAC Coursan... Sería mucha casualidad. Esta señorita, ¿no será hija de Jorge Coursan?...

JUAN Precisamente, sí.

LARZAC ¿El de Bucarest?

JUAN Justo. ¿Usted lo conoció?

LARZAC ¡Que si lo he conocido!... Pero ¿tú sabes quién era Jorge Coursan?

JUAN Yo no.

LARZAC Pues era... un caballero de industria.

JUAN ¿Qué?

LARZAC Elegante, seductor... Se le encontraba en todos los garitos... En cierta ocasión inventó un negocio de minas en los Balkanes. Como ocurre en muchos negocios de minas, allí no había ni una mina siquiera. Consiguió que le suscribieran acciones por valor de dos millones de francos una porción de imbéciles,—yo fuí el segundo suscriptor,—y con aquel dinero se marchó á Oriente, donde llevó durante varios años á nuestra costa una vida de pachá mezclada con aventuras no muy claras. Si el escándalo no llegó á estallar, fué porque tuvo el acierto de morir en el momento en que iba á ser procesado. Esta es la historia de ese... caballero.

JUAN (Con mucha calma.) Perfectamente.

LARZAC Ya comprenderás que no puedes casarte con su hija.

JUAN ¿Por qué?

LARZAC ¿Cómo que por qué?

JUAN Lo que usted me ha contado habrá sido una desgracia para el señor Coursan; pero á mí me es indiferente.

LARZAC ¡Tú estás loco!

JUAN Georgina es buena, es honrada... y no necesito saber más. Persisto en mi idea y me casaré con ella.

LARZAC Fíjate en que tú no puedes dar á la hija de Coursan el apellido que llevamos desde hace setecientos años.

- JUAN Como yo lo llevo únicamente desde hace media hora..
- LARZAC ¡Te exijo respeto y obediencia! Yo tengo deberes para contigo y no consentiré que amargues tu vida casándote con esa señorita.
- JUAN Hace una semana escasa podía yo casarme con la señorita Coursan sin que nadie tuviera nada que decir. Estaba yo descalificado porque no tenía padre, y ella estaba descalificada porque lo había tenido. Hacíamos una buena pareja. Y ahora, porque ha venido un notario, porque usted me ha reconocido y ha recuperado el papel de padre, mi vida está cambiada, perdida, asolada como por el granizo. ¡Verdaderamente es una catástrofe el tener familia!
- LARZAC ¡Es monstruoso lo que dices!
- JUAN Perdone usted que le diga que no existe motivo para que yo le sacrifique mi vida de ese modo. ¡Otra cosa sería si le hubiera conocido á usted cuando yo era niño, cuando yo estaba enfermo, cuando yo vivía solo en el mundo!
- LARZAC ¿De modo que nuestra unión, nuestro cariño, nuestro porvenir, todo mi sueño cae á tierra porque te has dejado embaucar por una intrigante?...
- JUAN Yo no quiero que habla usted así de Georgina.
- LARZAC Si fuese una muchacha sencilla, ¿te hubiera ocultado el pasado de su padre?
- JUAN No lo conoce.
- LARZAC Y tú, inocente, ¿lo has creído?
- JUAN Estoy seguro.
- LARZAC Te ha engañado.
- JUAN Insisto en que no.
- LARZAC Pues bien, yo me encargo de que sepa... lo que dice que ignora.
- JUAN ¡Usted no hará eso?
- LARZAC ¿Quién me lo impedirá?
- JUAN Yo... Porque mañana volveré al Languedoc; mañana estaré á su lado.
- LARZAC ¿Vas á separarte de tu padre por una aventurera?
- JUAN ¿Usted consiente en que me case con Georgina?

LARZAC ¡Jamás!
JUAN Entonces saldré de aquí inmediatamente. El notario ha dicho hace poco que lo que ha pasado aquí no me importaba. El acto se ha hecho sin mi consentimiento. Usted me ha reconocido como hijo... Yo no le reconozco á usted como padre... ¡Hasta la vista!
LARZAC ¡Sí, vete!... ¡Me parece bien! ¡Eres libre! ¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz! (Vase Juan por el foro derecha al tiempo que sale Charmeuil.)

ESCENA XI

LARZAC y CHARMEUIL

CHAR. ¿Ya?... ¿Es esta la dulce intimidad?
LARZAC ¡Si supieras!... ¡Es inaudito! ¡Espantoso! ¡Espantoso!
CHAR. Pero ¿qué pasa?
LARZAC Que mi hijo ha caído en las garras de una bribona y quiere hacerla su mujer. ¿Sabes quién es ella? La hija de Coursan.
CHAR. ¿Coursan el de las minas?
LARZAC Justo. ¡Oh! Pero eso no será. Tú, que me conoces, sabes que eso no ha de ocurrir. Voy á reflexionar, á consultar con todo el mundo... Con mi abogado, mi notario, mi procurador...
CHAR. ¡Dios mío, las visitas que voy á tener que hacer!..
LARZAC La primera diligencia es escribir hoy mismo á esa señorita.
CHAR. Y ¿qué vas á escribirle?
LARZAC Que su padre era un bribón y que me opongo terminantemente á la boda.
CHAR. No te hará caso.
LARZAC ¿Por qué?
CHAR. Porque dirá que no ha recibido la carta.
LARZAC Tienes razón. Lo mejor es entregársela en propia mano. Esta noche saldrás en el exprés.
CHAR. ¿Yo?
LARZAC Y le entregarás mi carta á ella misma.
CHAR. Tú quieres que yo vuelva arañado.
¡Eso de ninguna manera!

- LARZAC Carlos, yo te ruego...
CHAR. Y yo te digo que eso no.
LARZAC Hazme el favor de no rehusar. Así no hacemos más que perder tiempo, ¡porque tú sabes, que al fin y al cabo, vas á ir!
CHAR. ¡Es una dulce broma!
LARZAC (Sentándose á escribir.) Escribo en un vuelo... «Señorita...»
CHAR. Oye, Gastón... Este es un viaje inútil. Esa mujer no me recibirá, se ocultará de mí. Tendré que volverme con la cartita.
LARZAC ¿Quieres callarte?
CHAR. ¡Lo que tú quieras!
LARZAC (Escribe.) «Señorita: No tengo más remedio que ir derecho al asunto. No la conozco personalmente; pero sepa usted que jamás...» (Aparece Georgina por el foro derecha. Se detiene y tose suavemente.)

ESCENA XII

DICHOS y GEORGINA. Después PEDRO

- LARZAC ¿Eh? ¿Quién es?
GEOR. Ustedes perdonen...
LARZAC ¿Cómo entró usted hasta aquí sin avisarme?
GEOR. Pues... verá usted... La puerta de la escalera estaba abierta... no he visto á nadie á quien preguntar... he oído hablar en esta habitación y he entrado... Le suplico que me perdone.
LARZAC ¡Pero ese Pedrol... ¿Cómo es que no está ahí? (Charmeuil se encoge de hombros.) Haz el favor de llamar. (Charmeuil toca el timbre.) ¿Qué desea usted?
GEOR. Deseo hablar al señor Conde de Larzac.
LARZAC Soy yo... Pero en este momento estoy muy ocupado. Tenga usted la bondad de pasar á esa salita y esperar unos minutos.
GEOR. Está bien, caballero. (Vase por el foro izquierda.)
LARZAC ¡Estos criados son insoportables!... ¿Dónde estaba yo? (Vuelve á escribir.) «Señorita... No la conozco personalmente; pero sepa usted que jamás consentiré que mi hijo Juan se

case con la hija de un trapisondista y un negociante sin escrúpulos como Jorge Cour-san. Si ignoraba usted el pasado de su padre, deploro vivamente haberme visto precisado á revelárselo.» Ahora la firma.

CHAR. Un poquito fuerte me parece.

LARZAC ¡Mejor! (Mete la carta en el sobre. Sale Pedro por la izquierda con servicio de té.)

PEDRO Supongo que el señor ha llamado para pedir el té.

LARZAC No. Vamos á ver... ¿Qué hacía abierta la puerta de la escalera?

PEDRO Yo, señor, no sé nada... Estaba preparando el té. Pero, sí; ya caigo. Se la habrá dejado así el señorito Juan al marcharse.

LARZAC ¡Ah! ¿Es que se ha ido?

PEDRO Sí, señor. Hace un cuarto de hora.

LARZAC ¡Buen viaje! Entra en la salita y pregunta á una señora que hay allí quién es y qué desea. (Vase Pedro por el foro izquierda. Larzac pone la dirección del sobre con mucha ira y después le da la carta á Charmeuil.) Toma.

CHAR. ¡Lo que me pasa á mí no le pasa á nadie!

PEDRO (sale.) Aquí tiene el señor la tarjeta de esa señora.

LARZAC (Lee la tarjeta.) ¡Caracoles!

CHAR. ¿Qué?

LARZAC Éntérate.

CHAR. ¿Cómo?... (Con satisfacción.) ¡Ah, qué gusto!

LARZAC ¿Qué te pasa?

CHAR. ¡Pues que me quedo en París! ¡Que me quedo! ¿Te parece poco?

LARZAC Dame la carta. Se la entregaré yo mismo, y como se atreva á pedirme explicaciones, ¡se va á lucir!

CHAR. Yo te dejo. ¡Me horripilan las catástrofes de mis amigos!

LARZAC No seas idiota. Quédate y verás con qué tranquilidad la pongo en la calle. (A Pedro.) Puede pasar esa señorita. (Vase Pedro.) ¡Qué descarol! ¡Vamos es que no tiene nombre!

ESCENA XIII

LARZAC, GEORGINA y CHARMEUIL

- GEOR. Caballero... (Sale.)
LARZAC Señorita...
GEOR. Quisiera hablar un instante con usted; pero delante del señor...
LARZAC (Después de mirar á Georgina dice á Charmeuil.) ¡Vetel
CHAR. ¿Cómo?... ¿Yo?... ¿En qué quedamos?...
GEOR. Perdóneme usted, caballero.
CHAR. No hay de qué, señorita. (Bajo á Larzac.) Es guapa.
LARZAC (Bajo á Charmeuil.) Sí... No creí que lo fuera tanto.
CHAR. (Idem á Larzac.) Pero debe tener mal genio! ¡Ojalá te saque los ojos!
LARZAC ¡Qué majadero! Vuelve dentro de un cuarto de hora, que ya se habrá ido. (Alto.) Hasta luego, Carlos. No olvides que comes conmigo.
CHAR. Sí, aquí.
LARZAC No. En el Círculo. De frac, ¿eh? Anda, vé á vestirte. (Empujándole.)
CHAR. Ya, ya voy, hombre. (Vase foro derecha.)

ESCENA XIV

LARZAC y GEORGINA

- LARZAC Señorita... Ciertamente que no esperaba verla en mi casa... Y sin embargo, deseaba esta ocasión... La de poder hablar con usted... Se trata de cosas graves... muy graves...
GEOR. Dejé anoche el Languedoc porque necesitaba hablar con usted inmediatamente y á solas. Hace una hora que he llegado á París y estoy tan cansada... ¿Permite usted que me siente?
LARZAC Se lo ruego. (Se sientan.)
GEOR. Ante todo, le suplico que no diga á su hijo que yo estoy en París. ¿Me lo promete usted?

- LARZAC Con mucho gusto.
- GEOR. Le escribí ayer diciéndole que sí... que aceptaba su amor... y comprendo que hice mal.. muy mal.
- LARZAC Pero...
- GEOR. Calma. Y empecé á comprenderlo apenas deposité la carta en el buzón. Yo no debía contestarle eso.
- LARZAC ¿Eh?
- GEOR. Y no debía porque no estoy segura de ser una muchacha honrada.
- LARZAC ¿Y viene usted á contármelo á mí? ¡Es fantástico!
- GEOR. Nada de eso. Si no le confío á usted este secreto, ¿á quién voy á confiárselo? ¿A quién?
- LARZAC No lo sé, señorita.
- GEOR. A Juan le produciría un gran disgusto. . A mi madre, lo mismo. Los dos me quieren mucho y no pueden juzgarme con frialdad... Usted, sí.
- LARZAC ¿Yo?
- GEOR. Usted, sí... porque usted no me quiere. Cuando me haya usted oído, me dirá lo que debo hacer. Y lo haré... Se lo juro.
- LARZAC Pues bien, señorita, ya la escucho. (Se guarda la carta en el bolsillo.)
- GEOR. Es necesario que me conozca usted bien. Mi vida ha sido bastante accidentada. Al principio fuí dichosa; pero hace cinco años cambiaron las circunstancias y al encontrarnos en la ruina, mi madre y yo vinimos á vivir al Languedoc, á una casita que fué de mi abuela... Era en el mes de Junio... Había sol y flores... Y yo viendo flores y sol, maldito si me preocupó de la pobreza. Fuí valiente ante las primeras adversidades de la fortuna .. pero el valor es una cosa muy difícil de conservar. Y cuando llegó el invierno con sus lluvias y sus tristezas, comprendí lo terrible de nuestra situación, y me sentí cobarde. Tenemos las rentas precisas para vivir muy modestamente; pero no lo bastante para hacer frente á ciertas exigencias de nuestra antigua situación. Y en estas condiciones conocí al señor de Vaujour.

- LARZAC ¿Qué? (saca la carta del bolsillo.)
GEOR. Es un señor muy amable, que tiene una gran finca en el Languedoc. Un hombre maduro, pero no viejo... Está casado con una señora muy guapa, muy simpática, que va todos los miércoles á Tarbes, donde hay un regimiento de guarnición.
- LARZAC No la comprendo á usted.
GEOR. Y en el regimiento hay un capitán alto, moreno, también muy simpático.
- LARZAC ¡Ah! Vamos...
GEOR. El señor de Vaujour fué á visitarnos, y estuvo tan cariñoso con mamá que en seguida comprendí que iba á hacerme el amor. Menudeaba sus visitas, y un día me encontró muy triste porque estaba nublado y porque yo tenía muchos deseos de un traje de terciopelo verde adornado con magníficas pieles. ¡Qué rabia da que los almacenes de París envíen á las infelices provincianas esos catálogos tan... tan atrayentes!
- LARZAC ¡Pobre muchacha! (Se guarda la carta.)
GEOR. Aquel día, y esto es lo grave, ese señor me ofreció dinero.
- LARZAC Que usted rechazaría.
GEOR. Que yo acepté.
- LARZAC ¿Cómo?
GEOR. Aquel día y otros cuantos después. Verá usted... Era un hombre muy respetuoso... Unicamente, me decía todos los martes: «Georgina: hágame usted el honor de venir mañana miércoles á mi casa.»
- LARZAC Pero usted no iría.
GEOR. Yo... sí fuí.
- LARZAC ¡Oh! ¿Por qué hizo usted eso? (Vuelve á sacar la carta.)
GEOR. ¿Se interesa usted por mí?
LARZAC (Casi colérico.) ¡Mucho!... ¡Mucho!...
GEOR. Y ¿qué quiere usted?... Estaba tan sola... tan desesperada... Aún no conocía á Juan... Al principio me resistí, recé mucho, lloré muchísimo; pero un día reflexioné, sequé mis lágrimas, eché á correr y me fuí á su casa.
- LARZAC ¿Qué diablol!... Pero, ¿no sabía usted á lo que se exponía?
GEOR. Sí lo sabía. Llegué, me recibió como á una

reina, hizo que reconociera toda la finca. Después me llevó á un saloncito lleno de retratos de sus antepasados, que nos echaban unos ojos... El no hizo caso de aquellas miradas, y, de pronto, intentó darme un beso...

LARZAC

¡Oh, qué canalla!

GEOR.

¿Verdad que sí? Usted no hubiera hecho eso.

LARZAC

¿Yo?... Bueno, bueno... Siga usted.

GEOR.

Al mismo tiempo me cogió por la cintura. En ese momento, por casualidad, ví en un espejo su cara junto á la mía. ¡Estaba feísimo! Colorado, los ojos saltones, despeinado y casi calvo... Usted sabe que estar despeinado con muy poco pelo es lo más ridículo del mundo. Entonces ocurrió una cosa rarísima... Empecé á reir... á reir. .

LARZAC

¿Sí, eh?

GEOR.

No me podía contener... y reía... reía...

LARZAC

¡Muy bien!

GEOR.

El, al pronto, se sorprendió; después, comprendiendo el ridículo, se puso furioso, y me decía: «¡Señorita!... ¡Señorita!» Como si no supiera decir otra cosa, y yo reía... ¡reía sin cesar! Por fin, cogí mi sombrero...

LARZAC

¿Y huyó usted?

GEOR.

Mucho más deprisa que había ido.

LARZAC

¡Magnífico!

GEOR.

Corrí hasta llegar á mi casa, y por el camino seguí riendo. Llegué, subí á mi cuarto, me encerré con llave, y entonces... ¡entonces empecé á llorar!

LARZAC

¡Qué susto me ha hecho usted pasar, señorita!

GEOR.

Esto es lo que me ha ocurrido. Me he salvado, no por virtud ni por reflexión... Me he salvado por haber tenido ganas de reir. Comprendo que esto no se lo creará usted nunca. Se equivoca, señorita. Ha tenido usted la suerte de tropezar con el único hombre que tiene motivos para creerlo. ¿Supongo que no habrá usted vuelto á ver á ese... caballero?

GEOR.

No. Y ni me hubiera acordado de él, á no haber sido por los tres mil francos que me había dado.

- LARZAC. ¡Y que es preciso devolverle!
- GEOR. ¡Ya se los he devuelto!
- LARZAC. ¿Cómo?
- GEOR. Vendimos una tierrecita, y además, he trabajado yo. He pintado abanicos, bolsitas, todas esas tonterías que se regalan en los cotillones.
- LARZAC. ¡Qué lástima que esas manitas!...
- GEOR. ¿Qué?
- LARZAC. Nada, nada.
- GEOR. Y ahora le toca á usted. Me dijo antes que tenía que hablarme... que se trataba de cosas muy serias.
- LARZAC. ¡Ya no! ¡Ya no! (Se guarda la carta.)
- GEOR. No es usted franco... Yo quisiera saber...
- LARZAC. Verá usted... Es que quizás he tenido yo ciertas prevenciones...
- GEOR. ¿Contra mí?
- LARZAC. ¡De ninguna manera!
- GEOR. ¡Ah! Ya sé. Contra mi padre.
- LARZAC. Tampoco.
- GEOR. Sí, estoy segura. Han hablado muy mal de él porque tuvo la desgracia de hacer malos negocios. ¿No es eso?
- LARZAC. Quizás... Pero...
- GEOR. Tenía muchos enemigos. Envidiosos de su bondad, de su generosidad, de su habilidad... ¡Yo lo quería muchísimo! Tal vez fué imprudente, ligero .. Pero otra cosa no. Estoy segura .. ¿Verdad? ¿Verdad?
- LARZAC. Sí... claro...
- GEOR. Si yo creyera que él hizo algo malo, algo vergonzoso, sería para mí la mayor pena de mi vida. Cuando pienso que alguien puede creerlo, ¡soy tan desgraciada!...
- LARZAC. ¡Por Dios!... No llore usted...
- GEOR. Es que no lo puedo remediar. (sin cesar de llorar.)
- LARZAC. No quiero que usted llore. No hay motivo. Yo he conocido á su padre. Era un hombre encantador, inteligente, simpático... Yo le quería mucho... ¡Vamos, no llore usted! Le quería muchísimo... ¡Vaya por Dios!... ¡Le quería entrañablemente!
- GEOR. ¿De veras?
- LARZAC. Y si algún imbécil habla mal de él, tendrá

que entendérselas conmigo). ¡Ya les diré yo!
(Saca la carta y la rompe en mil pedazos.)

GEOR. ¡Señor Conde! ¡Señor Conde: acaba usted de proporcionarme la felicidad mayor de mi vida!

LARZAC Y usted, señorita, me ha hecho sentir una emoción deliciosa y que nunca había experimentado. Creí que de las mujeres ya no aprendería nada y he sido un majadero. Por usted acabo de saber lo que es una muchacha pura é inocente. ¡Gracias! ¡Muchas gracias! (La mira fijamente. Georgina baja los ojos)

GEOR. Caballero...

LARZAC Escuche, Georgina. Vamos á volver al Languedoc. Yo mismo voy á llevarla á usted al lado de Juan. Conque, desde este momento se acabaron las penas y se secaron las lágrimas. Siéntese usted ahí. Va usted á tomar una taza de té.

GEOR. Con mucho gusto.

LARZAC (sirviendo el té.) ¡Estoy muy contento!... ¡Muy contento!...

GEOR. Yo también.

LARZAC ¿Otro terroncito?

ESCENA XV

DICHOS, CHARMEUIL

CHAR. (Sale por el foro derecha y se queda hecho una pieza al contemplar el cuadro.) ¿Eh? ¿Otro terroncito?

LARZAC ¡Hola! Eres tú.. Señorita, le presento á mi mejor amigo... Carlos, te presento á la prometida de mi hijo.

GEOR. (No puede reprimir un gesto de alegría.) ¡Ah!

CHAR. ¿Qué quiere decir esto?

LARZAC Quiere decir que vas á quitarte ese frac ridículo y á ponerte un traje de camino.

CHAR. ¿Otra vez?

LARZAC Partiremos para el Languedoc.

CHAR. ¡Caracoles! ¡Otra vez al Languedoc! ¡Otra vez al Languedoc! (Telón.)



ACTO TERCERO

~~~~~

La misma decoración del acto primero, completamente transformada. Muebles ingleses. Mucho confort. Flores por todas partes. La chimenea tapizada y con varios «bibelots». Teléfono sobre una mesita.

## ESCENA PRIMERA

AUBRIN, el CURA

Aubrin aparece conduciendo un sillón elegantísimo. Uniforme de guarda de campo, azul, con vueltas amarillas

- AUB. A esto tan delicado le llaman un sillón. ¡En seguida me sentaba yo en una cosa de estas!
- CURA Buen día, Aubrin.
- AUB. Buen día, señor Cura.
- CURA ¿No están los señores?
- AUB. El señorito Juan está en el campo; el señor Conde habrá ido, sin duda, como todos los días, al encuentro de la señorita Georgina.
- CURA ¿De modo que va á venir la señorita Georgina?
- AUB. Sí... Hoy la esperan con su mamá.
- CURA Quizás por esto me rogó tu señorito que viniese yo. Supongo que será para fijar el día de la boda.
- AUB. ¡Ya era hora! Hace siete semanas que llegaron de París el señor Conde, la señorita y

ese abejorro de señor Charmeuil, y todavía no se ha dicho nada de la boda.

CURA El señor Conde deseaba terminar antes el arreglo de esta casa. Pero me parece que ya está.

AUB. ¡Oh! El arreglo no se acabará nunca. Todos los días se les ocurre algo. Antes de ayer trajeron un cuadro diciendo que era un fresco, y le aseguro á usted que yo no noté nada. Ayer trajeron esa máquina diabólica que llama sola.

CURA ¡Ah, sí! El teléfono.

AUB. Con este cordón dicen que se habla con París. ¿Quiere usted hablar con algún amigo de por allá?

CURA No. Ahora no se me ocurre nada. Mira: puesto que esos señores se retrasan, voy á leer mi breviario por la carretera. Por cierto... He visto perdices magníficas en la Piedra caída. Si hubiera tenido escopeta, esta mañana cazo unas cuantas. Las levanté á dos pasos de distancia.

AUB. Yo, desde que tengo esta ropita, no las veo ni á tiro de fusil. Huyen en cuanto me huelen. Por lo visto, debo hacer las veces de un espantapájaros.

CURA No tanto. Vaya, hasta luego. (Vase foro.)

## ESCENA II

JUAN, AUBRIN

AUB. (Cogiendo un sillón antiguo.) Ven para acá, viejo inservible.

JUAN (Sale por la izquierda.) ¿Qué haces?

AUB. Llevarme este inválido. Lo ha desahuciado el señor Conde.

JUAN El sillón de toda mi vida. El último mueble que me quedaba. Más que mueble era un amigo. En fin, puedes llevártelo.

AUB. Ya me lo llevo. ¡Ah! Tome usted... La cuenta de los colonos.

JUAN Perfectamente. (Vase Aubrin por la izquierda con el sillón.)

ESCENA III

JUAN, GEORGINA, por el foro

- GEOR. Buen día, Juan.  
JUAN Buen día, Georgina.  
GEOR. ¡Qué alegría me da cuando lo veo á usted!  
JUAN ¡Y á mí cuando la veo á usted! Pero, ¿y su mamá?... ¿No ha venido?  
GEOR. No. Hoy no viene.  
JUAN Lo siento. Teníamos que ponernos de acuerdo para fijar el día de la boda. Ya me tarda.  
GEOR. Sí, es un fastidio. Pero figúrese usted que mamá estaba ya dispuesta y en el momento de salir se quedó dormida en la antesala.  
JUAN ¡Pobre señora!... Es una contrariedad!  
GEOR. No es para tanto. Noto que desde hace días está usted contrariado con mucha frecuencia. ¿Qué le pasa á usted?  
JUAN ¿A mí? ¡Absolutamente nada!  
GEOR. Sí, sí... Se conoce que le gusta á usted ponerse triste.  
JUAN Con frecuencia ha dicho usted... Y ¿cómo lo sabe si apenas nos vemos?  
GEOR. También es verdad. Pero es porque usted no quiere... Usted tiene la culpa de que nos veamos poco. Ayer precisamente...  
JUAN Ayer fué usted a Luchon.  
GEOR. Sí. ¡Es que su papá de usted es tan bondadoso, tan animado!... ¿Por qué no vino usted con nosotros?  
JUAN No pude. Tuve que ir á ver trillar el trigo que se va á escoger para la sementera.  
GEOR. ¡Qué capricho! Y ¿para qué?  
JUAN Quiero que la cosecha próxima sea la mejor de cuantas yo he recolectado.  
GEOR. ¿Por qué?  
JUAN Porque el año que viene va usted á comer de ese pan.  
GEOR. ¡Está bien! Como otros hombres ofrecen flores, usted me ofrece harina. Es más positivo.  
JUAN ¿Se burla usted de mí?  
GEOR. Nunca. Le quiero á usted mucho.

- JUAN Y yo también á usted.  
GEOR. Pues dígamelo usted muchas veces. Tengo necesidad de oír cosas dulces, cosas tiernas, muchas cosas, Juan...
- JUAN Sí, sí... Pues. . La quiero á usted mucho.  
GEOR. Ya lo sé. Pero dígamelo usted de otra manera.
- JUAN No hay más que una.  
GEOR. Tiene que haber más. ¿No comprende usted que si los enamorados se dijeran siempre las mismas frases se aburrirían muchísimo?
- JUAN Yo no lo sé decir de otra manera.  
GEOR. Pues debe usted procurarlo.
- JUAN ¿Está usted enfadada?  
GEOR. Un poco. Por eso y por otra cosa. Hoy ni siquiera me ha mirado usted.
- JUAN ¿Cómo que no?  
GEOR. ¿Y no ha notado usted nada?  
JUAN Sí. Que está usted muy bonita.  
GEOR. ¿Nada más que eso? Fíjese bien. ¿No nota nada?
- JUAN Nada.  
GEOR. (Con despecho.) ¡Pues lo siento mucho!

## ESCENA IV

DICHOS, LARZAC por el foro

- LARZAC Buen día. ¡Oh! ¡Es un encantol  
JUAN ¿El qué?  
LARZAC El traje y el sombrero de Georgina. ¡Son preciosos!  
GEOR. (A Juan, burlona.) ¿Lo está usted viendo? Era una sorpresa que les preparaba á los dos. ¿De modo que le gustan á usted? (A Larzac.) A mí también... Y eso que me parece que les falta algo... Ahora, que no sé lo que es.  
LARZAC Espere usted... ¡Un solo segundo!... ¡Ya está! (Coge tres rosas de un búcaro y se las coloca á Georgina en la cintura.) ¿Tienes un alfiler?  
JUAN No.  
LARZAC Yo tengo uno. (Se quita la perla que lleva en su corbata, sujeta con ella las flores y retrocede para ver el efecto.) ¡Justo! ¡Es verdaderamente *chic!* Juan, mira lo encantadora que está.

- GEOR. (Se mira en un espejo.) ¡Muy bien! Esto es lo que faltaba. (A Juan.) ¿Verdad?
- JUAN ¡Ah! Ya lo creo.
- LARZAC Las flores son el mejor adorno para una mujer. Yo tengo en esto una práctica asombrosa. Me ofreció para dibujar el figurín de su traje de boda.
- GEOR. Y de muchos más. Porque pienso ser muy coqueta en cuanto pueda vestirme sin temor á gastar demasiado. ¿Les parece mal?
- LARZAC Al contrario. Las mujeres tienen obligación de ser coquetas. Es una tradición. ¿Sabeis cuál fué la primera palabra que pronunció Eva en cuanto abrió los ojos?
- GEOR. No.
- LARZAC Lo primero que hizo fué estirarse y arquearse... En seguida se dirigió á un arroyo, se contempló un rato... Llamó á Adán y le dijo con un tono un poco autoritario: «Amigo mío, ¡sepa usted que no tengo qué ponerme!» De esta manera, la moda fué creada cinco minutos después que la mujer.
- GEOR. ¡Hoy está usted contentísimo!
- LARZAC No lo puedo ocultar.
- GEOR. ¿De dónde viene usted?
- LARZAC De mirarla. Estaba sobre el ribazo y la vi llegar á esta casa. Me pareció natural dejarles á ustedes hablar á solas unos tres cuartos de hora. Y cuando calculé que había pasado este tiempo, he venido á reunirme con ustedes.
- GEOR. ¡Tres cuartos de hora! ¡Si no hará más de cinco minutos que he llegado!
- LARZAC (Mirando á Juan.) ¿Sí?
- JUAN No hará más.
- LARZAC ¡Es increíble! Pero no me asombra. El tiempo pasa aquí con una rapidez tremenda. ¿Pues no acaba de decirme el beduino de Charmeuil que pronto hará dos meses que hemos llegado de París?
- JUAN Pasado mañana los hace.
- LARZAC ¡Qué viaje más encantador!
- GEOR. ¡Qué bien dormí en el vagón!
- LARZAC ¡Y cómo velé yo el sueño de la muñequita!
- JUAN Ha sido usted muy bueno con nosotros.
- GEOR. (Riendo.) Todavía me acuerdo de la cara de

asombro que puso Juan al vernos bajar del coche.

JUAN Es que no acababa de creer lo que veía. Le cuesta á uno trabajo convencerse de su felicidad.

LARZAC ¡Pero, diantres!.. No hables de tu felicidad con ese tono tan lúgubre.

GEOR. Eso es, regáñele usted. Por Dios, Juan; procure usted ser un poco más alegre. Me gustaría que se pareciera usted á su papá, que dijera usted tonterías.

LARZAC ¿Cómo? ¿Yo digo tonterías?

GEOR. Bueno, cosas que hacen reír. ¿Qué edad tiene usted?

LARZAC No lo diré nunca.

GEOR. ¿Por qué?

LARZAC Porque no me gusta mentir.

GEOR. ¡Oh, qué mentira tan grande! ¡No mentir un hombre que ha tenido tantas aventuras!

LARZAC ¿No le inspiro á usted confianza?

GEOR. Ninguna.

LARZAC Muchas gracias.

GEOR. ¿Será usted capaz de asegurar que ha sufrido mucho las incontables veces que ha estado enamorado?

LARZAC Lo aseguro. He sufrido con todo mi corazón.

GEOR. Pero, ¿usted tiene corazón?

LARZAC ¡Yo creo que sí!

GEOR. Si lo tiene usted, estará hecho con goma de borrar.

LARZAC ¿Oyes esto, Juan?

JUAN Sí.

LARZAC No me respeta nada.

GEOR. Pero nada absolutamente.

LARZAC Y, además; hace bien, ¡qué diablo!

GEOR. Última mentira. ¿Está usted enamorado... todavía?

JUAN ¡Georgina!

LARZAC Déjala. ¡Es tan agradable hablar así, los tres!

GEOR. Responda: ¿Está usted enamorado?

LARZAC ¿A usted, qué le parece?

GEOR. A mí que sí. Porque es usted un hombre muy malo.

LARZAC Puede que tenga usted razón. Cuando esté enamorado, ya se lo contaré á usted.

- GEOR. Y sobre todo, si le engañan y es usted muy desgraciado.
- LARZAC ¿Por qué?
- GEOR. Porque eso me gustaría.
- LARZAC Muchas gracias.
- GEOR. Sí, me gustaría, porque ese sería su castigo. ¡Justo castigo á su perversidad!
- LARZAC Quizás.. ¿Quién sabe? Ya ha habido otro filósofo antes que usted y dijo una cosa parecida... «El castigo de los hombres que han amado mucho á las mujeres, es que las amarán siempre.»
- GEOR. ¿Ve usted?
- LARZAC (Emocionado.) No soy de esa opinión. Lo que ustedes creen su castigo, yo creo que es su recompensa.
- GEOR. ¡Con qué tono ha dicho usted esas palabras! ¡Qué hombre tan extraño! Es usted ligero, enredador, se ríe de todo, y cuando habla del amor, se pone serio, grave y hasta casi se enternece.
- LARZAC Es verdad. Y, sin embargo, no he amado nunca en serio... Nunca... (Pausa. Larzac mira á Georgina con emoción contenida. Después dice bruscamente.) Oye, Juan. Mañana vamos Georgina y yo al salto de agua de Tourmalet. Supongo que vendrás con nosotros.
- JUAN Imposible, padre mío. He citado á los obreros para una corta de pinos.
- LARZAC Deja el encargo á Aubrin.
- JUAN No puedo, padre mío.
- LARZAC (Con disgusto.) ¡Padre mío! ¡Padre mío! ¿Por qué no me llamas papá?... ¿Papaíto?
- JUAN Pero...
- LARZAC Nunca me has llamado de ese modo.
- JUAN Sí; pero... Perdóneme usted.

## ESCENA V

DICHOS, CHARMEUIL. Después AUBRIN

- CHAR. (Sale por el foro.) ¡Buen día! Georgina, mis respetos... ¡Hola, suegro!
- GEOR. ¡Protesto de esa palabra! No consentiré que nadie le llame de ese modo.

- LARZAC ¡Es claro!
- CHAR. Todo padre que casa á un hijo pasa á la categoría de suegro.
- GEOR. Pero suena mejor esa palabra cuando el padre es un carcamal como usted.
- CHAR. Muchas gracias. ¿No me han llamado por teléfono?
- JUAN No.
- CHAR. Estoy esperando noticias de París. Deben hablarme hoy desde el Círculo.
- LARZAC ¿Echas de menos París? ¡Es raro! Yo, en cambio, estoy aquí tan perfectamente.
- CHAR. ¿Sí, eh? Bueno; pues ten la bondad de decirme cuándo vamos á regresar.
- LARZAC No lo sé. Tenemos una infinidad de proyectos... ¡Proyectos encantadores!... Mira: he prometido á Georgina llevarla á Tarbes la semana próxima, para que presencie las carreras de caballos.
- GEOR. ¡Ah, sí!
- LARZAC El quince iremos á Biarritz y de allí pasaremos á San Sebastián, para que vea las corridas de toros.
- GEOR. ¡Cuánto nos vamos á divertir!
- JUAN Sin contar conque yo también voy á llevarla...
- LARZAC ¿Adónde?
- JUAN A la alcaldía y á la iglesia. Hay que pensar en eso, señor Charmeuil.
- GEOR. Señor Charmeuil, usted no piensa en nada.
- CHAR. Sí, sí... ¡Ya lo creo que pienso! Pienso en que llegará el invierno, en que caerá la nieve, en que saldrán los lobos. ¡En que aquí voy á divertirme de una manera loca!
- GEOR. ¡Es usted muy descontentadizo!
- LARZAC No tiene usted idea.
- CHAR. Es que el campo no se ha hecho para mí. Lo reconozco.
- AUB. (Sale por la derecha.) Señor conde... Acaban de llegar cuatro cajones de hortensias.
- LARZAC ¡Ah, sí! Son las que he pedido para la terraza del jardín.
- AUB. ¿Qué se hace con ellas?
- JUAN Ahora voy yo.
- GEOR. Vamos á verlas. Vengan ustedes. (Vanse Georgina, Larzac, Juan y Aubin por la derecha.)

CHAR. ¡Con qué poca cosa se divierten estas criaturas!... ¡Qué felicidad!

## ESCENA VI

CHARMEUIL, EL CURA. Luego LARZAC

CURA Buen día, señor Charmeuil. ¿Qué, no está Juan?

CHAR. No; pero vendrá en seguida. Siéntese usted, señor Cura. Estoy encantado de verle. Tiene usted muy buena cara. (Tímbre del teléfono.) (Al aparato.) ¡Ya era hora!... Con permiso... ¿París?... ¿Círculo?... Aquí, Charmeuil... ¿Es usted, Benoit?... Sigo regular... Aburrido... Espero regresar pronto... ¿Qué novedades hay?... ¿Qué se cuenta?... ¿Qué?... ¿Qué me dice usted?... (Llama á Larzac, sin dejar el receptor.) ¡Gastón! ¡Gastón!... Fernando Durand ha abandonado á Lulú...

LARZAC (Desde dentro.) ¿Qué dice?

CURA (Desde la ventana) Fernando Durand ha abandonado á Lulú.

LARZAC (Desde dentro.) Diez luises á que ha sido por Margot.

CHAR. ¿Qué dice?

CURA (A Charmeuil.) Diez luises á que ha sido por Margot.

CHAR. No lo creo... Acepto la apuesta, señor Cura. (Al teléfono.) Oiga... ¿Por quién?... ¿Por quién la ha dejado?... ¡Hombre!... Ha ganado usted, señor Cura.

CURA ¿Yo?... (Sale Larzac por la derecha.)

CHAR. Adiós, Benoit. (Deja el receptor. Al Cura.) Ha sido por Margot. Aquí tiene usted sus diez luises. (Se los da.)

CURA Bueno. Serán para el cepillo de los pobres.

## ESCENA VII

DICHOS, GEORGINA

GEOR. (Sale por la derecha con algunas cartas.) Aquí está el correo, que acaba de llegar.

- CHAR. A ver... á ver...  
GEOR. No. Quiero distribuirlo yo misma. (Distribuye las cartas.) Señor Charmeuil... Señor conde de Larzac. (Mira el sobre y lo huele.) Carta de una mujer. Señor conde de Larzac... (El mismo juego.) También de mujer. Señor Charmeuil... Señor Carlos Charmeuil... Conde de Larzac. (El mismo juego.) De mujer también, y van tres. (Secamente.) Que sea enhorabuena.  
LARZAC ¡Pché! Invitaciones...  
GEOR. ¿A qué?  
LARZAC Pero...  
GEOR. No le pregunto á usted nada. No me importa. Venga usted á ver el tennis, señor Cura. Venga usted.  
CURA Con mucho gusto. Tengo curiosidad por conocer ese juego. Me han asegurado que no ofende á la moral.  
LARZAC Olvida usted su sombrilla, Georgina.  
GEOR. (Secamente.) ¡Gracias! (Vase con el Cura por la derecha.)

## ESCENA VIII

LARZAC, CHARMEUIL

- LARZAC ¿Qué le pasará á esta mujer?  
CHAR. No ha estado muy cariñosa. A mí me ha hecho mucha gracia. Pero no ha estado muy cariñosa.  
LARZAC ¿Qué he hecho yo?... ¿Tú crees que he dicho algo que haya podido molestarla?  
CHAR. ¡Tú, desdichado! ¡Pero si te arrastras á sus pies!  
LARZAC No lo entiendo.  
CHAR. Yo no veo más que una explicación.  
LARZAC ¿Cuál?  
CHAR. Puede que Georgina haya adivinado lo que dice esta carta que acabo de leer.  
LARZAC ¿Qué carta?  
CHAR. Una de mujer. Yo también las recibo.  
LARZAC Y ¿quién es ella? ¡Acaba!  
CHAR. La mujer de mi arquitecto... La del hotelito...  
LARZAC ¡Ah, sí! Ya no me acordaba.

CHAR. Se queja de haberte esperado inútilmente todos los jueves, desde hace dos meses... Y, además, te dedica una postdata que te recomiendo. Lee. (Le da la carta.)

LARZAC (Lee en voz baja y al fin estalla.) ¡Es indigno!

## ESCENA IX

DICHOS, EL CURA.

CURA (Sale por la derecha.) Vengo á buscar al señor Charmeuil. La señorita Georgina le llama para empezar el tennis.

CHAR. Ya voy. ¿Vienes tú?

LARZAC No. Anda, vete. (Vase Charmeuil por la derecha. Larzac pasea agitado.)

CURA ¿Qué le sucede, señor conde? Parece que está usted contrariado.

LARZAC ¡Ah, señor Cura! Hay gente muy mala en el mundo. Lea usted esta postdata.

CURA (Lee.) «Todo tiene su explicación. Acabo de encontrarme al señor Durand, que ha pasado unos días en un balneario de los Pirineos. El señor me Durand ha referido que ha visto allí al conde de Larzac en compañía de su nueva amiga. Debe ser muy bonita la tal amiga, porque Durand ha añadido, guiñando maliciosamente su ojo derecho: «¿De dónde sacará ese viejo marrullero unas muchachas tan bonitas?» ¿Qué significa esto?

LARZAC Sencillamente, que me han visto con Georgina y creen que es mi amante.

CURA ¡Oh, qué mal pensamiento!

LARZAC Lo juzga usted con indulgencia. ¡Eso es una infamia!

CURA Es claro... ¡Llamarle á usted viejo marrullero!

LARZAC Lo que digan de mí me tiene sin cuidado. Yo no merezco estimación ni respeto. ¡Pero que ofendan á esa muchacha tan digna y tan buena!... ¡Eso no lo consentiré!

CURA Tiene usted razón.

LARZAC ¡Ya le diré yo cuatro palabras al hablador de Durand!

- CURA Me las figuro. Le recordará usted que la calumnia es pecado mortal.
- LARZAC Y él se convencerá de que lo es cuando yo le haya atravesado con una espada.
- CURA ¡Señor conde!
- LARZAC Pero ¿no comprende usted que es preciso hacer callar á los maldicientes?
- CURA Para eso, en este caso, hay un medio mejor. Fijar en seguida la fecha del casamiento de Georgina y de Juan, y realizarlo lo más brevemente posible.
- LARZAC Sí, sí... Aceleremos el matrimonio. Es el único medio... ¿Verdad que no encuentra usted otro?
- CURA No.
- LARZAC Entonces, ya está decidido. Voy á buscar á Juan. Hasta ahora, señor Cura. (Vase por el foro.)
- CURA (Al quedarse sólo abre su breviario y lee.) «En la montaña de Genezaret hay dos higueras. La una es vieja y la otra es joven; pero las dos dan los mismos frutos.»

## ESCENA X

EL CURA, JUAN por la derecha

- CURA (Al ver salir á Juan.) Juan...
- JUAN Señor Cura...
- CURA Voy á darle una buena noticia. Su padre salió á buscarle, porque quiere fijar inmediatamente con usted la fecha del matrimonio. Vaya usted á reunirse con él. Deprisa.
- JUAN No tan deprisa.
- CURA ¿Por qué?
- JUAN Porque antes tengo que aclarar algunos puntos.
- CURA Pero...
- JUAN Escúcheme usted, mi buen amigo, y respóndame... no como sacerdote, sino, sencillamente, como hombre honrado. Cuando no se persigue otro fin que el de hacer bien y para hacerlo hay que darse cuenta de ciertas cosas... ¿se tiene el derecho de mentir?
- CURA Esa es una pregunta complicada.

- JUAN Conteste usted.  
CURA Pues bien, Juan; haga lo que le dicte su conciencia, y si hay pecado, yo acepto la responsabilidad. No tengo miedo, porque es usted un buen muchacho.  
JUAN Voy á procurar serlo. (Sale Georgina por la derecha.) Déjeme usted solo con ella.  
CURA Sí. Volveré luego. (Vase el Cura por el foro.)

## ESCENA XI

JUAN, GEORGINA

- GEOR. (Tiene una raqueta en la mano.) Juan, ¿dónde está su padre?  
JUAN No lo sé.  
GEOR. Venía á buscarle. ¡Poca prisa se da hoy en reunirse con nosotros! (Medio mutis.)  
JUAN Georgina... ¿quiere usted escuchar un momento?... Tengo que hablarle.  
GEOR. ¿De qué?  
JUAN De nosotros.  
GEOR. Con mucho gusto.  
JUAN Georgina, ¿no le parece á usted que ahora, cuando nos vemos, ya no somos lo mismo que antes? Recuerdo siempre aquella tarde en que le dije á usted que la quería y...  
GEOR. Y tres días después le respondí que sí, con absoluta sinceridad.  
JUAN (sonriendo.) Creo en la sinceridad de aquél día. ¡Pero han variado tanto las circunstancias!... Ahora comprende usted que se ha equivocado... Que yo no soy el hombre que puede hacer la felicidad de una mujer que ha nacido en otro ambiente...  
GEOR. ¡Qué intempestivo es usted, Juan!  
JUAN Sincero es lo que soy. Comprendo que hago un compañero muy aburrido.  
GEOR. Juan, es usted injusto consigo mismo. ¿Desde cuándo tiene usted esas ideas?  
JUAN Desde que he visto á mi padre hacer alegre y agradable la vida de las personas que le rodean.  
GEOR. ¡Eso sí que es verdad!  
JUAN ¿Ve usted? De ahí mi miedo á que la vida le

parezca á usted triste y monótoma cuando mi padre ya no esté aquí.

GEOR. Pero como estará siempre... Me lo ha prometido.

JUAN Ha prometido lo que no puede asegurar.

GEOR. ¿Por qué no?

JUAN Porque su vida no está aquí. Puede verse obligado... Y la prueba es lo que acaba de suceder...

GEOR. ¿Qué?

JUAN Que le llaman de París. Y tiene que ir.

GEOR. ¿Cuándo?

JUAN En seguida.

GEOR. ¡Ah, ya caigo! Alguna de las cartas que recibió hoy... ¿No es eso?

JUAN Quizás... El caso es que tiene que salir de aquí.

GEOR. (Nerviosa.) ¡Muy bien! Que se vaya á París, puesto que no nos quiere y puede pasarse sin nosotros. Para eso es libre... Tampoco nosotros le necesitamos. Verá usted cómo sin él vivimos muy dichosos... ¡Le estimo á usted tanto... tengo en usted tanta confianza!... (Conteniendo las lágrimas.) Ya verá usted... Seremos muy dichosos... mucho...

JUAN ¡Georgina!

GEOR. ¡Pero qué tonta! He dejado al señor Charmeuil con la raqueta en la mano. Voy hacia allá... Hasta ahora. (Vase casi llorando por la derecha.)

JUAN (Pausa. Viéndola alejarse.) Ya sé lo que quería saber. (Otra pausa.) ¡Qué lucha tan grande!

### ESCENA XIII

JUAN, JUANA

JUANA (Sale por la izquierda con una porción de delantales, encajes y pañuelos. Al llegar al centro de la escena se detiene, Juan se vuelve y la ve.) ¿Le incomoda á usted, señorito Juan?

JUAN Nada de eso. ¿Qué hay, Juana?

JUANA Hace poco me han entregado, de parte del señor conde, todas estas galas que ha mandado traer de París. Es muy amable; pero yo

- quiero devolvérselas. (Deja todo ello sobre la mesa.)
- JUAN ¿Por qué?
- JUANA (sonriendo.) No son cosas para mí. Yo no quiero que se ofenda... Es que prefiero quedarme tal como soy.
- JUAN ¿Tú no quieres cambiar... como han cambiado todos?
- JUANA Yo... no, señor. (Pausa.)
- JUAN Y dime... ¿Ya no piensas en marcharte á Tolosa?
- JUANA No.
- JUAN Prométemelo.
- JUANA Se lo prometo, señorito Juan.
- JUAN Dime otra cosa y basta. ¿Verdad que no me guardas rencor?
- JUANA ¿De qué?
- JUAN No preguntes. Dime solamente que no me guardas rencor.
- JUANA Pues, no... no le guardo rencor, señorito Juan.
- JUAN Gracias... gracias, Juana...
- JUANA Viene el señor conde.
- JUAN Pues vete ahora. . Ya hablaremos... Ya hablaremos... (Vase Juana por la izquierda.)

## ESCENA XIV

LARZAC y JUAN

- LARZAC (Sale por el foro.) Te buscaba para darte cuenta de una cosa imprevista. Acaban de traerme un telegrama. Me llaman de París: Y... vamos, que me voy de aquí. Ya se lo he dicho á Charmeuil.
- JUAN Pero ¿que se va usted?
- LARZAC Te he dicho que sí.
- JUAN Pues celebro que el telegrama no haya llegado ayer y que se encuentre usted aquí todavía, porque yo también tengo que anunciarle algo muy importante. He reflexionado mucho, padre mío, desde hace algunos días y sobre todo, desde hace una hora... He pensado con lealtad, seriamente, y ya no puedo dudar de una cosa clarísima... Geor-

gina y yo no hemos nacido el uno para el otro.

LARZAC (Estupefacto.) ¿Qué dices?

JUAN Y no me he decidido á la ligera. Lo he pensado, como lo hago todo, muy despacio. Por eso cuando tomo una resolución está bien tomada. No me casaré con Georgina.

LARZAC (Con violencia.) Pero ¿estoy soñando? ¿Te has vuelto loco? No puede ser otra cosa. ¡Te has vuelto loco!

JUAN Nunca he estado tan cuerdo. Fíjese usted en la vida que yo hago y en la que necesita Georgina. Para ella una vida agitada, de distracciones, de bullicio. Una vida que conoció en otra época y que usted le ha hecho recordar. Yo no podría proporcionársela.

LARZAC Sí, es verdad, hijo mío... Yo tengo la culpa. Perdóname... Ha sido el afán de verla dichosa... Puedes estar tranquilo. Hoy mismo he comprendido que aquí hay una persona que estorba, que debía dejaros solos á los dos... y por eso inventé un telegrama que no existe... y por eso partiré esta misma noche.

JUAN ¡Cuánto me satisface esa mentira de usted!

LARZAC ¿Lo ves? Ya te ríes. Ea, terminaron las malas ideas que tenías antes. No se volverá á hablar de ello... Te casarás con Georgina. ¿Verdad que te he convencido?

JUAN No. Me ha convencido usted de su bondad; pero nada más. No insista usted. Sé perfectamente lo que me conviene para ser dichoso.

LARZAC ¡Pero tú no piensas más que en tí! Y ¿ella?... Te crea con mejores sentimientos. Y el día de mañana, ¿qué va á hacer la infeliz? Es bonita... es pobre... está sola en el mundo... Le harán la corte... Ya se la han hecho... No se la respetará... estará á merced de un momento de debilidad, y un día, enloquecida y descorazonada, caerá en brazos del primero que llegue... ¡De ninguna manera! ¿Lo oyes? ¡De ninguna manera!

JUAN Y no será. No hay cuidado. Padre mío: ¿quiere usted que hablemos con el corazón en la mano? ¡Usted está enamorado de Georgina!

LARZAC ¡Juan, eso es una infamia! .. ¡Te prohibo que lo digas y que lo pienses!.. ¡Es una infamia!

JUAN No trate usted de engañarse. ¿No le tiemblan á usted las manos cuando le pone un ramo de flores en la cintura? Cuando ella habla, ¿no le suenan á usted sus palabras á música divina? Cuando ella ríe, ¿no le parece á usted que ríe el mundo entero?... ¡Pues todo eso dice que está usted enamorado de ella!

LARZAC Juan, yo te suplico...

JUAN ¡Que la quiere usted con toda su alma!

LARZAC Pues no has debido hacérmelo comprender. Has debido dejarme en mi error. Has debido dejar que yo siguiera engañándome, y en ese error hubiera seguido hasta envejecer... y entonces la hubiera querido como debo quererla. ¡Pero en vez de eso, me has demostrado la evidencia de lo que yo no quería ver! ¿Por qué lo has hecho, Juan? ¡Has sido cruel! ¡Has sido cruel! (Oculta la cara entre las manos y solloza.)

JUAN (Se acerca á él con mucha ternura.) VAMOS, no hay que desesperarse. Todo está bien así. Yo pienso en usted; pero también pienso en ella. Me interesa mucho su felicidad, y usted sólo puede hacerla.

LARZAC No... ¡No digas eso!

JUAN Créame usted. No soy tan torpe que no haya adivinado lo que sucede á Georgina.

LARZAC Respecto á ella, estás equivocado. Jamás le he dicho una palabra que pudiera hacerle creer... Nunca...

JUAN Pero si usted no es de los que necesitan declararse. En todas las frases que usted dice, hasta las más indiferentes, se trasluce siempre el amor...

LARZAC Pero piensa en la diferencia...

JUAN ¿Qué importa? Usted tiene atractivo, alegría y el prestigio de su vida pasada. Yo no hubiera podido ofrecer á Georgina más que el amor que la tenía... Usted le ofrecerá todo el amor que le han tenido á usted.

LARZAC Si fuera verdad... Pero, no, no... Yo no puedo consentir que te sacrifiques de ese modo.

JUAN Entre padres é hijos es preciso siempre que unos se sacrifiquen por los otros. Eso es lo

que afirma el cariño. Por lo regular, son los padres los que se sacrifican por los hijos. Aquí es al contrario; pero el resultado es el mismo.

LARZAC Juan... ¡hijo de mi alma!

JUAN (Echándose en sus brazos.) ¡Papá!... ¡Papaíto! (Se abrazan conmovidos.) ¡Ya estoy contento! Tengo la seguridad de que todos vamos a ser felices.

LARZAC ¿Todos?

(Se oye á lo lejos la voz de Juana, que canta una canción.)

JUAN Sí; yo también... Y la felicidad mía está aquí. En la tierra donde he vivido siempre. Vaya, vaya... Voy á buscar á Georgina.

LARZAC Espera. Tengo la seguridad de que si le hablo de amor... se reirá... Se reirá, Juan. (se mira á un espejo.)

JUAN Usted se cree viejo porque estoy yo á su lado; pero ahora me voy, y cuando me haya ido, vuelva á mirarse al espejo y verá usted qué joven está. (Vase por la derecha.)

## ESCENA XV

LARZAC y el CURA

Larzac, al quedarse solo, vuelve á mirarse al espejo con inquietud

CURA (Sale por el foro.) Vengo á decirle adiós, señor conde.

LARZAC Venga usted... Venga usted, señor Cura. Usted es un hombre leal, un santo. Tengo confianza en usted y voy á pedirle un favor. Míreme usted bien .. Le suplico que me mire muy detenidamente. ¿Cree usted que todavía pueden quererme las mujeres?

CURA ¡Qué preguntita, señor conde!

LARZAC No hay mala intención en el fondo. Contéteme. Se lo ruego.

CURA Yo no soy buen juez. ¡A mí me parece usted bastante aceptable!

LARZAC Entonces, dígame usted... Si un día entrara yo en su iglesia con una joven á suplicarle que nos uniera... ¿conservaría usted su seriedad al darnos la bendición?

- CURA           ¿Yo, señor conde?... ¡Yo estaría verdaderamente encantado!
- LARZAC          ¿A pesar de mi edad?
- CURA           ¿Su edad? Usted olvida que, según la Biblia, cuando se casó con Ruth, acababa Booz de cumplir ciento dieciséis años
- LARZAC          Gracias, señor Cura.
- CURA           Voy á decirle á usted una cosa, que acabará de convencerle. Ayer por la mañana pasó usted á caballo con la señorita Georgina por delante del presbiterio.
- LARZAC          Efectivamente.
- CURA           Yo trabajaba en el jardín con mi criada, que al verle, exclamó: «¡Qué buen mozo es el señor conde!»
- LARZAC          ¿Sí, eh? Va usted á dar diez luises á esa buena mujer. (saca el portamonedas.)
- CURA           Y Angélica sabe lo que dice, porque tiene setenta y dos años.
- LARZAC          (Sacando dinero.) Tenga usted dos luises para ella.
- CURA           Mil gracias. Vaya, me voy corriendo. Es la hora del Angelus.
- LARZAC          Hasta la vista, señor Cura.  
(Vase el Cura por el foro.)

## ESCENA ULTIMA

LARZAC, GEORGINA y JUAN. Después CHARMEUIL

- JUAN           (Sale con Georgina por la derecha.) Aquí estamos.
- GEOR.          Juan me ha dicho que viniera á ver á usted, que están ustedes de acuerdo y que tiene usted algo importantísimo que decirme.  
(Empieza á sonar el Angelus á lo lejos.)
- LARZAC          (Muy turbado.) Sí, Georgina... yo... (Aparte.) ¡Va á reirse de mí! (Alto.) Lo que tengo que decirle lo he dicho tantas veces en esta vida, sin pensarlo, sin sentirlo... ¡Y ahora que es la única vez que voy á decirlo de verdad... no aciertol ¡No aciertol!...
- JUAN           Georgina: mi padre la quiere á usted y usted quiere á mi padre.  
(Georgina esconde la cara entre las manos.)

LARZAC (Yendo hacia ella.) ¡Se ríe! ¡Se ríe! (Coge las manos de Georgina y las aparta de su cara.) ¡Llora! ¡Está llorando! (Georgina se deja caer en sus brazos siempre ocultando la cara.) ¡Georgina!... ¡Georgina de mi alma!

JUAN (sonriendo dulcemente.) ¿Lo está usted viendo?

LARZAC (Tendiéndole una mano.) ¡Gracias, papá!... ¡Papá!

CHAR. (Sale por el foro en traje de camino.) Ya estoy dispuesto para el viaje.

JUAN ¡Si ya no se marchan ustedes! ¡Se quedan aquí!

CHAR. ¿Por mucho tiempo?

LARZAC ¡Para siempre! ¡Para siempre! (Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA



Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les faciliten.